

¿REVOLUCIÓN PROLETARIA?

J. García Pradas

ADVERTENCIAS NECESARIAS

El trabajo que este folleto se le ofrece al lector fue escrito en enero de 1950 y publicado paulatinamente en “Solidaridad Obrera”, de París, a partir del 4 de marzo del mismo año. Fue dirigido, como de él se desprende, a militantes anarquistas.

Como el ensayo dio lugar a polémicas y aparatosas acusaciones, al volver a publicarlo me prohíbo corregirlo. He añadido ciertamente, en tal o cual sitio, unas palabras necesarias para expresar más cabalmente mi pensamiento, y en muy raras ocasiones he cambiado una por otras, para lograr el mismo fin. Pero no he quitado nada de cuanto me reprocharon, para que el nuevo lector pueda juzgar si los reproches fueron justos. Y en esta escrupulosidad he ido hasta el punto de retener una frase ya abandonada por mí públicamente. Se refiere a Bakunin, y se hallará en el apartado “Descontento de contrarios”, pero he de copiarla aquí: “Para fecundar la tierra, necesitaba inundarla, mal que fuera de sangre, y pareció querer el “diluvio” anunciado por Luís XV”. Tengo declarado que, al escribir eso “se me fue la pluma”, y arrepentido estoy de ello; pero, aun así, después de un mejor estudio de la vida y obras de Bakunin, creo que cabe decir, sin merma alguna de su prestigio y ciertamente sin mengua de lo mucho que le admiró, que su mismo afán revolucionario, su inveterada tendencia hacia la acción, por muy nobles que fueran sus motivos, le llevó aconsejar y a tomar él mismo descabelladas actitudes, tan exentas de sentido de responsabilidad, que casi bastarían para justificar mi frase, la cual, a mi ver, tienen menos de injusta que de impropia de un discípulo. De otros se ha dicho algo parejo con menos causa, pero no lo dijeron quienes les debían tanto como yo a Bakunin.

He escandalizado a los escandalizadores, no con esa frase que yo condené sin que me la reprocharán, sino con otras referentes al carácter de Bakunin y el creciente conflicto entre tal carácter y sus ideas. Se ha hecho caso mío de mis elogios a Bakunin, gran hombre y gran pensador entre todos los grandes de este mundo, pero con lupa se ha mirado lo que he dicho en contra suya -es decir, señalado algunos de sus defectos-. Y quien ha hecho tal cosa teniendo a mano el “Bakunin” de Kaminski, ha tenido innumerables elogios para este autor, que trata al héroe más duramente que yo, más no ha leído en tal libro estas palabras de Bakunin, puestas al frente de su segundo capítulo:

“Siempre hubo en mi cabeza un defecto capital: el amor de lo fantástico, de aventuras extraordinarias e inauditas, de empresas abiertas hacia horizontes ilimitados, cuyo fin nadie podría prever. En una existencia ordinaria y tranquila, me ahogaba, no me sentía a gusto. Mi alma estaba siempre en perpetua agitación, exigiendo acción, movimiento, vida”.

O muerte, cabe añadir, porque toda acción, especialmente la lucha, reporta vida. Y en el mismo libro tan elogiado por el innecesario paladín Bakunin, se hallan los reproches de Ogareff y de Herzen a él, que los admitió porque eran justos y provenían de sus mejores amigos. ¿Es que no los vio el eludido campeón, ya que no dijo palabra contra ellos? ¡Nada de eso! Es que arremeten, por ejemplo, contra Herzen, muerto hace ya tiempo, so pretexto de defender a Bakunin, le pareció menos grata y provechoso para él que arremeter contra mí. Pero yo, de

* Digitalización: KCL. Ensayo anarquista.

cualquier modo, no llegué a decir de Bakunin cosas como éstas, que como amigo leal le dije Herzaen, conociéndole muy bien.

"Sin conocer Rusia ni antes de tu encarcelamiento ni después de tu destierro a Siberia, pero lleno de pasión y brío, con tendencia hacia una noble y grande actividad, has vivido durante medio siglo en el mundo de los fantasmas y de los sueños, pasando tu vida entera como un estudiante, dominando tus grandes aspiraciones y tus pequeños defectos... Al cabo de diez años de reclusión, reapareces como el mismo teórico con **cet indéfini du vague**, como un hablador... poca escrupulosa en cuanto al dinero y de instintos epicúreos, tímido, cierto es, pero tanto más persistente y; en fin, siempre arrastrado por la necesidad de acción revolucionaria"

¿Ofendió, acaso a Bakunin quien le habló así? Sólo los ruines de espíritu se inclinaron a creerlo, y únicamente los miserables intentarían -de convenirles hacerle la pascua a Herzen- convencernos de tal cosa a los demás. Los hombres rectos y generosos ayudan a sus amigos señalando sus defectos en privado; y los discípulos de Bakunin, para admirarle y quererle por encima de la muerte, no necesitamos disimular ni negar los defectos que el mismo proclamo, porque no son tales que nos le hagan repulsivo, sino, al contrario, simpático, ya que sus defectos fueron los de un hombre muy humano, y si los tuvo fue solemne porque las grandes virtudes de carácter y de conducta suelen tener revés. Sólo los trapisondistas, los encanijados de alma, los saltimbanquis de las ideas y los beatos del anarquismo dan en la tecla de fingirse adoradores de un Bakunin impoluto, en la de ponerle el trazo que les ponen a los santos de Cuaresma, en a de alzar la voz de escándalo cuando alguien a quien detesta menciona lo conocido.

En el apartado "Aberraciones ideológicas", al final del mismo cité unas palabras del "Catequismo revolucionario" de Bakunin. Con mil aspavientos se afirmó que el "Catequismo revolucionario" no era de Bakunin, sino de Natchaieff, y en público y en privado -en un periódico y por carta- se me dijo que había cometido una horrenda pifia, ya vieja entre reaccionarios, bolcheviques y toda suerte de anti-anarquistas, de atribuirle a Bakunin cosas propias de un chacal. Tal sobresalto le dieron a mi conciencia, en tal apuro me pusieron amigos y contrincantes escandalizados de ello, tan revuelta estaba mi casa entonces -casi vacía, y en obras,- tan cargado de trabajo estaba yo, que perdí la chaveta por completo, y sin siquiera cotejar textos declaré que me había equivocado, que el "Catequismo de Netchaieff -como Max Nettlau había advertido a los compañeros alemanes que, muchos años atrás, lo publicaron como cosa de Bakunin-; y no se cuantos tontunas añadí".

Pero tarde poco tiempo en percatarme de que las palabras que yo cité, no sólo eran de Bakunin, sino también concordaban con su "Catequismo revolucionario", distinto del de Nefchaieff. Los encontré al recobrar mis libros, en aquel de que los había tomado: el "Bakunin", de Kaminski.

Las palabras citadas por mi proceden, en puridad, de los estatutos -redactados por Bakunin- de la Fraternidad internacional, cuyo programa está principalmente contenido en el "Catequismo revolucionario". Pero dice Kaminski en la pág. 214 de su biografía: "Bakunin resume las ideas principales del **Catequismo revolucionario** en el estatuto de organización de la Fraternidad". Hecha esta advertencia, he aquí las palabras de Bakunin, tomadas literalmente de la página 220 de la obra de Kaminski:

“... une association, ayant un but révolutionnaire, doit nécessairement se former en société, et toute société secrète, dans l'intérêt de la cause qu'elle sert et de l'efficacité de chacun de ses membres, doit être soumise à une forte discipline...”¹

A esto, cambiando el tema, añadiré, para que el lector me entienda, que, a mi ver, la palabra “violencia” no puede ser empleada a la chángola mandrón-gala si se quiere resolver -teóricamente al menos- el problema estudiado en este ensayo. Hay verdadera violencia donde hay violación de voluntad o derechos, aunque esa violación no se haga por la fuerza. Más como ocurre, por lo común, que toda violación es un acto de fuerza, el empleo o el amago de la fuerza, se explica que una y otra cosa hayan venido a confundirse, y así sucede que se tilda de violento al ladrón que despoja a una persona recurriendo a la amenaza y a la persona que, al defenderse, da de palos al ladrón.

En el terreno político, la violencia opresión, es natural que contra toda opresión resulte lícito el recurrir a la fuerza si no bastan otros medios. Ahora bien; la licitud de recurrir a la fuerza para librarse de la opresión es una cosa, y otra, bastantes distinta, la convivencia o inconveniencia de hacerlo. Porque, aunque se dice que la fuerza es neutra, aunque se cree que en sí misma no es buena ni es mala, hay que admitir que el empleo de la fuerza en las luchas sociales o políticas implica la organización de la misma, y por virtud de esa organización, que hace eficiente a la fuerza, ésta pasa a convertirse en una especie de máquina, que hace de las suyas al menor descuido y bien puede ponernos en el trance del inventor que se pilló la nariz con el invento. No se olviden, pues, estas dos cosas esenciales: primeramente, que una cosa es la violencia y otra es la fuerza, ilícita siempre aquella como lícita esta otra cuando se opone a una opresión y en segundo lugar que una cosa es la licitud del empleo de la fuerza y otra la conveniencia social de usarla. Dicho lo cual, confiadamente pongo este humilde ensayo en las benévolas manos del lector.

Londres, noviembre de 1951
J. G. P.

INTRODUCCIÓN

Descartando sistemas de gobierno mediante la acción conjunta de la experiencia y la razón, se ha llegado a formular el ideal de la ANARQUÍA, y de modo parecido -eliminando errores mediante el análisis racional de los experimentos en que se ponen a prueba- se llega al conocimiento de la verdad. Todos lo sabemos, pero a menudo lo olvidamos. Dicho popular y viejo, es que “de sabios es mudar de opinión”, más antes de muda de ella por cobardía, frivolidad, inconsecuencia o estupidez que por noble demanda racional. Y cuando uno vive en público, cuando pasa muchos años entregado a la prédica de un credo, hasta llegar a identificarse con el grupo social que lo profesa, se hace muy cuesta arriba abandonarlo por falso que nos parezca.

Y se explica que cueste. Quien empieza a dudar de una doctrina en la que ha creído con toda su alma, duda también de sí mismo, pues no se explica, al Principio, cómo ve hoy negro lo que ayer vio blanco, cómo le resulta falso -y evidentemente falso, en ocasiones!- lo que siempre dio

¹ “... una asociación que tenga un objetivo revolucionario debe construirse necesariamente en sociedad secreta, y toda sociedad secreta, en interés de la causa sirve y de la eficacia de cada uno de sus miembros, debe estar sometida a una fuerte disciplina.”

por cierto. Nos sostiene una fe, una teoría, un esqueleto de doctrina, y cuando tal armazón se nos quebranta por el fallo de algo en él, nos hundimos a la vez en confusión y en desaliento, nos encontramos deshechos y perdidos. En tal situación, tendemos a reparar la estructura rota, más que a cambiarla por otra nueva; si en ese intento fracasamos varias veces, cada cual es una nueva caída, que nos desalienta más; y si, en fin, admitimos la necesidad de construir de nueva planta, no hay materiales a mano, cuando se logran es preciso examinarlos con cautela, y la labor de construcción suele ser larga y penosa, siquiera sea porque pretéritos desengaños nos han dejado sin el impulso del optimismo.

Además, cuando ya hemos conseguido construir un sistema de doctrina, que nos sostiene por dentro surge el miedo de hablar y comportarse como a tal sistema cuadra: ¿Qué dirán los cofrades, cuya compañía quiero, cuya estima necesito, cuyo credo no puedo compartir ya? Teme uno por su buen nombre -que en este mundo hasta el modesto es vanidoso-; le espanta el riesgo de que le llamen "traidor" o "renegado" los fieles al viejo credo, y hasta se le hace penosa la pejiquera de tener que darles explicaciones de su cambio de opinión, para dar a entender el cual son necesarias, no solo lecturas y meditaciones, sino también una confianza, -de ellos en él- que quizá no existe en suficiente grado. Y, aun sin que medie cualquier innoble intención, que tienda a hacerle a uno cuca, quien altera sus ideas perteneciendo a una entidad que las afirma, se halla abocado a la hipocresía. Si, tienda a quemar incienso donde no arde su fervor, y a seguir cantando los viejos himnos sin creer en sus palabras, la cual es traicionar y traicionarse, pero cosa corriente en este mundo de cofradías con más ritos que fe.

Por todo eso y alguna duda más -como, por ejemplo, la de si hará uno bien o mal a sus cofrades hablando clara y sinceramente-, resulta difícil ponerse a bien con la cambiada conciencia o conciencia propia y aceptar el deber de servirla y honrar a los compañeros con la confesión del cambio. Pero, difícil o no, como me hicieron y me voy haciendo soy; no de vivir ocultando lo que pienso, y heme aquí ahora confesándoos la crisis que he pasado en estos últimos años y de la cual he salido sin algunas creencias importantes del anarquismo tradicional, que he compartido y divulgado largo tiempo, pero ahora estimo erróneas y nefastas; más aún; contrarias a la ANARQUÍA. Voy a exponerlas con sosiego, pero esquemáticamente, reduciendo a los límites de un folleto lo que pediría un libro, y ustedes, compañeros, una vez que me lean hasta el fin, podrán juzgarlas y juzgarme. En cuanto a mí, no desdeño en modo alguno su juicio, pero tampoco le temo porque no he temido el mío, que suele ser más severo. Sin embargo, sería -creo- una lástima que, prefiriendo juzgarme a mí, cuya importancia no es más que la de uno que pide la palabra por un rato en la asamblea internacional que ya ha durado más de un siglo, se quedará sin juzgar la decisiva cuestión que aquí les planteo.

DEL MEDIO DEPENDE DEL FIN

No hay problema político -o social, que tanto monta- más complicada y difícil de resolver que el de la reducción de fines teóricos y medios prácticos a un común denominador, a verdadera homogeneidad. Fácil es concebir una excelente utopía, un buen sistema de organización social, en comparación a lo difícil que resulta implantar éste, convertir aquélla en firme realidad. Tan azaroso es esto, que por ello se dice con razón que la política -y mucho más la no estatal que la estatal- "es el arte de lo posible". Porque al llevar a la práctica el mejor plan político es preciso manejar muy vasta copia de realidades sociales, que a menudo manejan a quien lo intenta, y también por que en la vida social hay un potente determinismo, que es el del orden en que se alinean y desenvuelven sus innumerables factores, el del carril en que es puesto el tren de la

sociedad. Si esos factores, en virtud de su fuerza y naturaleza, empiezan por obligarnos a aceptar determinada ordenación, cierto sistema, de este depende después la evolución de la sociedad -no por completo, pero sí en muy alto grado-. En otras palabras: para llegar a una meta hay que trazar un camino -pues no por todos se va a Roma-, y el camino depende en buena parte del terreno en que ha de abrirse, se manera que puede darse el caso de que nos lleve a lugar distinto del deseado o para alcanzar un fin hay que pelear a ciertos medios, y éstos, ya ajusten su practicismo a contingencias de un momento, ya padezcan los vicios originales de la gente que los usa, pueden dar -y dan, efectivamente- resultados bien distintos de los que de ellos esperaban.

Del medio depende del fin; viejo es el dicho. Y no lo es menos la idea de que la bondad del fin justifica el uso de malos medios. Pero es esta última, tan sofisticada, sobre ser repugnante a la dignidad hombría, que renuncia a ganar haciendo trampas, es, a la larga y en la práctica, tan funesta como falsa. La adopción de malos medios para obtener un buen fin da lugar a que se olvide tal fin por la influencia de tales medios; éstas serán nuestras herramientas al empezar la labor, pero poco tardarán en hacer de nosotros sus instrumentos. Y aun cuando son nuestras herramientas, dejan su huella en nuestro producto, condicionándolos siempre. Un automóvil es como es no solamente porque nosotros, los hombres, que lo usamos, tenemos cierta traza física, sino también porque lo hacemos con especiales herramientas y porque ciertos elementos ajenos a él y a nosotros condicionan el uso -y, por lo tanto, el carácter- del vehículo. Todo cuenta, y sólo se logra el fin por medios correlativos, que ni lo nieguen por contrarios ni lo pierdan por sus impracticables.

Nosotros, los anarquistas, hemos ondeado siempre el maquiavelismo de que el buen fin sirve de excusa a los malos medios. En eso por fortuna, hemos copiado de los cristianos, y aun acaso lo hemos hecho -como otras tantas cosas- por cristianismo inconciente hereditario y ambiental. Pero también como los cristianos... de pacotilla, por largo tiempo hemos usado medios en pugna con nuestros fines contrarios a ellos parcial o absolutamente, y tanto más cuando más los adoptamos negando esa oposición o pasándola por alto. Tal es el problema -moral y práctico, de dignidad y de conveniencia- que aquí ofrezco a la atención de todos mis compañeros, tan obligados como yo mismo a considerarlo y -si es posible- a resolverlo.

RELACIONES ENTRE ANARQUÍA Y VIOLENCIA

La elección de medios es, en efecto, el problema capital de la puesta en práctica de todo credo redentorista, y especialmente del nuestro. En tal bajío han naufragado todas las “buenas” revoluciones, que tuvieron gran copia de anarquistas -inconcientes de ello al menos- entre sus animosos tripulantes. Y una de dos, compañeros: o se elimina o se esquivo ese bajío, porque, sino, la revolución típicamente anarquista -entiéndase la emprendida por nosotros- se irá a pique como todas las demás: no sólo lejos de nuestro puerto, sino también con ignominia. Esto está escrito, y escrito con letras de sangre y fuego en nuestro pasado y nuestro presente, como el aviso profético en el muro del salón de Baltasar.

La solución del problema exige, al menos, definir bien sus factores. Si ha de haber correlativa homogeneidad entre el medio y el fin, sepamos que son entrambos. Anhelamos la ANARQUÍA, y hemos de empezar por saber qué es esta. Se dice poniendo al aire la raíz etimológica del término, que no-Gobierno, que ausencia de autoridad; pero eso es sólo explicar una palabra, no definir una situación social ni aun una actitud moral. Si el anarquismo se opone a la autoridad, al

gobierno, al Estado, será por algo, y en ese **algo**, en esa causa de oposición, ha de estar la esencia de la ANARQUÍA. ¿Cuál es? No por olvidarlo dejamos de conocerlo: la autoridad a que nos oponemos no es, por ejemplo -como Bakunin advertía- la del sabio en lo que sabe, la del técnico en su técnica, la del obrero en su oficio, sino sólo la que entraña violencia, y especialmente por ser más violenta- la que tiende a imponer su violencia por la fuerza de las armas. Debemos tener presente que, en buen castellano, violentar es lo mismo que forzar, constreñir, violar y, por lo tanto, atropellar derechos.

Nosotros, pues, no nos oponemos a la violencia por lo que tiene de estatal, sino al Estado por lo que tiene de violento. Nuestra oposición a la violencia es más radical y esencial que la oposición al Estado mismo, pues entendemos que la primera oposición es anterior a la segunda, por constarnos que el Estado es el efecto, y no la causa, de la violencia en sí, pese a ver que él la mantiene, y desarrolla. Y si digo esto en plural, es tendiendo en cuenta que todos nuestros teóricos -Godwin, Proudhon, Bakunin, Reclús, Kropotkin, Malatesta, Gori, Tolstoy, Mella, Landauer, Rocker, etc.- ya predicaran la mansedumbre neo-cristiana -que jamás fue cobardía o sumisión, sino anarquismo contrario a la soberbia-, ya organizaron insurrecciones empuñando ellos mismo el fusil, insistieron en esto: la ANARQUÍA es la negación de la violencia, y negación en la práctica no meramente en la teoría. En “Pensiero e volontà” de 1-9-924, dijo bien claramente Malatesta: “ANARQUÍA quiere decir no violencia, no dominación del hombre por el hombre, no imposición de la voluntad de uno o de varios otros.”

Seamos lógicos ahora. Si la ANARQUÍA es la negación de la violencia, tanto se opone -en esencia al menos- a la ejercida por el Estado como a la del pueblo en masa. Pocos anarquistas han aceptado esto, que **parece** -sólo **parece**- negar hasta el derecho de insurrección, pero es preciso aceptarlo con todas sus consecuencias de rechazarlo, que, a mi ver, han sido y serán peores. El atento análisis de muchas revoluciones, así en la Europa de los últimos tres siglos como en el mundo grecorromano, puebla la opinión que de tal análisis ha sacado Bertrán de Jouvenet en “Du Pouvoir” -libro esencialmente anarquista aun a pesar de su autor- a saber: que las llamadas revoluciones, entendido por tales los violentos cambios de régimen o sistema, por contrarias al Estado que al empezar parecieren, siempre acaban -cuando “triumfan”- robusteciendo al poder.

Faguet advirtió irónicamente que el fin de la Revolución Francesa -el fin real, derivado de sus medios- fue crear la figura imperial de Bonaparte. De otras cabe decir cosa pareja. Y, como todos saben, hasta Marx y Engels dijeron que toda revolución anterior a ellos, hecha como ellos preconizaban, había fortalecido el aparato estatal. Aun de la “ANARQUÍA”, de poder ser violento -si la violencia es imposición- no sería forzoso decir lo mismo. Porque la violencia estatal de hoy es a menudo la popular de anteaer, y la violencia popular de hoy podrá ser y será probablemente la violencia estatal de pasado mañana. Crom-Well tuvo más poder que el rey a quien destronó; Napoleón más que los últimos Capetos; más tiene Stalin que el último Romanof; Tito, si puede eclipsará a los Hamsburgo remontando la órbita en que hoy le vemos; Mao Tsé Tung tiene más autoridad que un emperador manchú; y éstos, como otros dictadores, han sido o son las encarnaciones **estatizadas** de la violencia anterior: tan popular, tan “libertaria” en su arranque, tan audazmente libertadora en su propósito inicial... jamás logrado.

La oposición “violenta” a cualquier ley puede trocarse en imposición ilegal de cualquier cosa por la fuerza, y es precisamente esto, la violencia ilegal, la imposición de cualquier cosa por la fuerza, que podrá ser anárquica, pero jamás anarquista, lo que da violencia y fuerza bruta a las leyes del Estado que surge de una revolución, lo que le hace un Estado tan al desnudo y tan cínico. Cabrá hacer violentamente “revoluciones” regresivas, y otras que aun siendo progresivas no tengan un fin contrario a la violencia; pero al fin de la nuestra, el de la anarquista, es conseguir la ANARQUÍA, lo cual supone excluir la imposición y la violencia; y yo me digo que la exclusión de la violencia jamás se podrá lograr por la inclusión de la misma en la actividad revolucionaria, máxime su -como se hace o se intenta hacer- toda la actividad revolucionaria se

supedita a la violencia o se reduce exclusivamente a ella. Casi todo el anarquismo - especialmente el ibérico- se encuentra en esta contradicción, que viene a ser su callejón sin salida; y, a mi modo de ver, mientras no se libre de ella no podrá hacer más que negarse en sacrificios heroicos, pero esencial, radicalmente anti-anarquistas, que acabarán por extinguirlo - ¡y a fe que sin tardar mucho!-

CONTRADICCIÓN DE LOS “ENRAGÉS”

Acaba de ser publicado en Francia el primer tomo de “Histoire de l’Anarchie”, libro de Alain Serget y Claude Harmel. Claro es que el texto no corresponde a su título en el que es obvio el error confundir la ANARQUÍA con la doctrina anarquista, que la propugna, pero no la ha conseguido. No sabemos qué será el segundo tomo, cuya publicación es anunciada, pero en el primero no se han citado muchas cosas de la época que abarca y, por lo tanto, no queda del todo justificado ese título de “Histoire de l’Anarchie”. Sin embargo, la obra es buena, muy buena, y oportunísima resulta su aparición cuando es preciso revisar o repasar las doctrinas anarquistas, ya un tanto olvidadas, yertas a fuerza de de repetirlas de memoria, tergiversadas por la afición a conocerlas de oídas... Y el primer tomo es, en verdad, una magnífica historia del problema que les expongo -ANARQUÍA y violencia- entre los anarquistas europeos del siglo XIX, del modo que a los actuales nos convendría estudiar a fondo. A mí, que tengo ese problema entre ceja y ceja desde el mismo despertar de mi conciencia anarquista -anterior a mi ingreso en la C. N. T.-, y que estos últimos años me lo he hallado como un obstáculo infranqueable en el camino de mis meditaciones, tal libro me ha permitido dilucidar en muchas dudas, ver cosas que barruntaba, constatar suposiciones que, sin tal obra, difícilmente podría haber constatado, por falta de tiempo y de testimonios documentales.

Esta “Histoire de l’Anarchie”, tan noblemente concebida y redactada por hombres un tanto ajenos a nuestro campo, nos recuerda que el problema surgió, como era de esperar, en la Revolución Francesa, cuyo rumbo terrorista bajo el poder de los jacobinos se lo planteó a nuestros precursores, los “Enrages”. Uno de ellos, Varlet, decía entonces que la expresión “gouvernement révolutionnaire” “monstruosité sociales”. A lo cual añadía “Pour tout être qui raisonne, Gouvernement et Révolution sont incompatibles, à moins que le peuple ne veuille constituer ses fondés de pouvoir en permanence d’insurrection contre lui-même, ce qu’il est absurde de croire”². El pensamiento de que el gobierno y la revolución son incompatibles es una piedra angular de la doctrina anarquista. Seguros de él, los “Enragés” se oponen al despotismo, que “a pèssé du palais des rois dans l’enceinte d’un comite”. Todos ellos claman -y especialmente, Jacques Roux, en quien se hizo anarquismo el cristianismo- contra el terror gubernamental, pero no contra el terror en sí mismo; y si le niegan al Estado la atribución de apresar y degollar aristócratas, casi todos la recaban para el pueblo, como si, más que invocar una moral superior y una política más noble, le disputasen sus presas y su poder como derechos del “Peuple Souverain”

“On ne fait pas almer et chérir un gouvernement en dominant les hommes par la terreur. Ce ne pas en brouillant, en renversant, en incendiant, en esanglantant tout, en saisant de la France une vaste Bastille, que notre Révolution fera la coquette du monde. C’est ressusciter le fanatisme que d’imputer à un homme le crime de sa naissance. Il y a plus d’innocents incarcérés que de coupables. Si l’on ne met un frein à ces emprisonneurs qui souillent l’Histoire de la Révolution et

² Para todo ser que razona, Gobierno y Revolución son incompatibles, a menos que el pueblo quiera dejar intactos contra sí mismo los fundamentos de insurrección.

dont on ne trouve pas d'exemples dans les annales des peuples les moins civilisés, la guerre civile ne tardera pas à s'enflammer”³ Así -según la “Histoire de l'Anarchie” -escribía Roux dándose cuenta de la creciente incompatibilidad entre el terror gubernamental y la revolución. Pero lo que más el reprochaba a tal terror era la falta de discernimiento y freno, y por eso mismo cuesta comprender cómo aquel hombre recababa el terror, la violencia supuestamente revolucionaria, para el pueblo sin control, ese monstruo soberano de Rosseau, del algunas gentes han hecho un dios -no menos falso que los demás- para ejercer en su nombre el poder o que no tienen derecho y descargar en él su personal responsabilidad.

INSURRECCIÓN Y REVOLUCIÓN

“Le Souverain -con mayúscula, que así escribía Varlet aludiendo al pueblo- doit constamment presider le corps social. Il ne veut point qu'on le represente”⁴ Y si esta última frase última frase tiene sabor anarquista, la primera, que parece semejante y es contraria, revela las consecuencias de aceptar el mito de soberanía, pues vemos que al pueblo, al “corps social”, pero ser “le Souverain” le es menester sobreponerse a sí mismo, ya que, como todo “encima” implica un “debajo”, toda soberanía supone una sujeción, y si el pueblo presume de soberano, no podrá ocultar que es súbdito: se denomina a sí mismo... mediante un Napoleón. ¿No dijo éste a sus soldados que en la mochila tenía cada uno un bastón de mariscal? ¡Venga, pues, violencia, venga guerra sin control, que todo quisque quiere serlo!... Otro “enrage”, Leclerc, decía que “les atortées constituyes ne sont que les organes passif de la loi...”, de la supuesta voluntad general de la nación; que “elles ne peuvent qu'en precher l'execution”, y que “le peuple... se chargera du reste”⁵. Bien lo comentan Segent y Harmel al decir que lo reclamado por los “Enragés” era “une justice populaire directe, et celui de l'armée revolutionnaire qu'ils appelaient de leurs voeux”. May yo pregunto: ¿Es que la “justicia popular directa”, en emplear la violencia no sería tan injusta como la de aquellos “emprisonneurs” que condenaba Jacques Roux, y estatal en germen? ¿Es que eso de “ejercicio revolucionario” es algo menos monstruoso, irracional o maquiavélico que lo de “Gobierno revolucionario”? ¿Es que el ejército puede ser compatible con la revolución cuando no lo es el Estado, que con ejércitos la degüella?

Meditemos el asunto, que para muchos anarquistas sigue tan confuso como en 1973. La Revolución Francesa fue una grandiosa insurrección, faramallera y sangrienta, generosa en mucho, mezquina y ruin en otro tanto, pero escasamente transformadora, y en poco tan avanzada como aquel humanismo filosófico que la había precedido. Comparad a Robespierre con Diderot. Y es el proceso de transformar un sistema radical, progresiva y prestamente lo que se ha de entender por “revolución”. En la insurrección contra el Capeto y los nobles, hay varias clases rebeldes, y cada cual quiere su grado de cambio, prolonga la insurrección hasta lograr mediante ella su objetivo, más después quiere sofocarla por la fuerza: con el poder que le ha dado el poder que la ha alzado esa misma insurrección. Cuando ya está a punto de terminarse

³ No se hace amar y desear un gobierno dominando a los hombres por el terror. No es enredando, resolviendo, incendiando y ensangrentando todo, haciendo de Francia una enorme Bastilla, que nuestra revolución conquistará el mundo. Imputar a un hombre el crimen de su nacimiento es resucitar el fanatismo. Hay más inocentes encarcelados que culpables. Si no se pone freno a esos carceleros que pisotean la historia de la Revolución y de los que no se encuentran ejemplos en los anales de los pueblos más civilizados, la guerra civil no tardará en encenderse.

⁴ El soberano debe constantemente presidir el organismo social. De ninguna manera quiere que se le represente.

⁵ ... las autoridades constituidas sólo son órganos pasivos de la ley... de las que ellas no pueden sino propiciar la ejecución... y el pueblo se encargara del resto.

la tranca, los "Enragés", aspiran a lograr la igualdad plena -y no mediante el reparto de los bienes nobiliarios, en que tuvieran a los burgueses por compañeros, sino mediante la socialización de la riqueza general-, y, por lo tanto, deseando continuar la fase transformadora del alzamiento popular, se mantiene en abierta insurrección contra el creciente poder burgués; y hace muy bien. Pero yerran al creer que la insurrección del pueblo -es decir: de casi toda la nación- es la revolución o transformación que ellos, y no todo el pueblo, aspiran a conseguir. Si insisten en proclamar la insurrección permanente, y en convertirla en revolución por la fuerza de las armas, para hacer eso en nombre de la nación o del pueblo les faltan los mismos títulos que a girondinos o jacobinos para oponerse a más cambios en nombre del mismo dios.

En fin de cuentas, los "Enragés", compañeros, se oponían a la violencia de la revolución triunfante ya, pero anhelaban una mayor violencia para hacer triunfar su propia revolución. Metidos de sopetón en la revuelta insurreccional, a la que llaman "revolución" desde el primer día, y sin concebir más revolución que aquella -la violenta, la de la permanente insurrección contra varios Gobiernos sucesivos -, hacen un engañoso desdoblamiento sofístico, que, al parecer, encuentran satisfactorio: dividen la violencia en violencia popular, a la que llaman "libertad", "revolución", "soberanía nacional", etc., y violencia estatal a la que llaman "tiranía", "despotismo", "reacción", y no sin causa suficiente; a continuación, oponen la primera a la segunda, y, a la vez que niegan a la estatal el derecho de hacer barrabasadas, se lo atribuyen sin mera alguna a la otra: a la popular. Condenan el despotismo que del monarca ha pasado al comité, pero recaban, como derecho del pueblo soberano, el despotismo de las bandas callejeras. Nunca proclaman la oposición a la violencia, sino al revés, la supremacía o soberanía de la violencia popular, sin control ni freno alguno, y de ella esperan la libertad, la igualdad, la fraternidad social... "Eran seres racionales" ¿Lo he sido yo, que he tenido esa esperanza?

Pus de entonces del albo roja del anarquismo europeo, del primer balbuceo de sus tesis, de su inicial elección de medios transformadores -más inconciente que meditada, más instintiva racional, más del pasado podrido que del sano porvenir- data su funesta contradicción entre la táctica y el fin, su propio desdoblamiento, que en ocasiones ha engendrado una terrible esquizofrenia individual o colectiva. Y la raíz de ese mal es nuestra propia barbarie -casi general en la sociedad-; una barbarie ancestral, que ha de ser domada por nuestro propio anarquismo, pero que hasta ahora -más fuerte que él- nos ha incitado a **conquistar** la ANARQUÍA como a otros lleva a conquistar el Poder, y, enrojeciéndonos de sangre los ojos y la mirada, nos ha cegado hasta hacernos confundir la insurrección contra cualquier tiranía, que es muy lícita, muy noble y muy necesaria, con la revolución a que aspiramos que jamás -si yo no yerro- saldrá de la violencia.

OTRO CAMINO: EL DE GODWIN

"La fuerza de la armas -decía Godwin en su "Inquiry", que data del mismo tiempo, y según Kropotkin, es una "seria y completa exposición de lo que habría de ser propagado más tarde bajo el nombre de anarquismo"- siempre infundirá desconfianza, a nuestro entender, pues las dos partes (contrincantes) la pueden utilizar con el mismo albur de triunfo. De ahí que se preciso aborrecer la fuerza". Parecerá una proposición muy a la inglesa, en la que hace categoría moral la razón práctica... Pero creo que hay algo más en ella. Godwin, racionalista hasta puntos claramente irracionales, plantea el problema de la justicia social como una cuestión de "right" y "reason" -de derecho y de razón, y para el, como para un campesino

castellano, el derecho no es más que “lo que es de razón”. Pensando así, no quería encomendar a los albures de la fuerza, como en los “juicios de Dios” de la Edad Media, lo que creía poder ganar por ejercicio de la razón. De ahí que añadiera: “Al descender al palenque, abandonamos el seguro terreno de la verdad y encomendamos el resultado al capricho o al azar. La falange de la razón es invulnerable, avanza a paso seguro y lento, y no es posible resistirla. Más si echamos a un lado nuestra situación. ¿Quién podrá entonces, en medio del desorden y el tumulto de la guerra civil, presagiar el triunfo o el fracaso de su causa? Menester es destituir entre la instrucción y la excitación del pueblo. Lejos de nosotros la irritación, el odio, la pasión. Necesitamos la serena reflexión, el juicio sobrio, la discusión serena”.

En la “Histoire de l’Anarchie”, cuya bondad no niega el hecho de que sea una obra muy francesa, donde a Proudhon se le elogia lo que a Godwin se le comenta con chirigotas, se dice que esta oposición del autor inglés a la violencia, superada por la del autor francés a la fuerza y al sufragio universal, en el que veía “la contra-revolución”, revela que godwin era “un hombre de pensée, non d’action”, y uno de esos espíritus “qui concoivent l’idée et qui semblent laisser, non pas neme á d’autres, mais á l’idée elle meme, le soin de se faire so place et de remporter sa victoire”⁶. Se sugiere que Godwin quizá no aspiró jamás a la realización de su “suelo”, y que, en su obra, “La pensée anarchiste naissante se met ainsi au-dessus réel, comme l’esprit de Dieu se mouvait sur les eaux”⁷. Más, sin advertir contradicción alguna, seguidamente se cita la carta de Godwin al “Morning Chronicle”, no sólo valiente como protesta contra un abuso estatal, sino también eficaz porque deshizo un proceso y liberó a los procesados. No es burlesca, sino ridícula, la ironía con que se dice, al comentar la táctica godwiniana: “La justification est habile. Les moyens doivent etre parails a la fin. Seulement, on peut se demander si ces voeux ne traduisainet seulement una impuissance á agir”⁸. Más de siglo y medio, cabe decir y es forzoso hacerlo, que la “justificación” de Godwin, sobre ser hábil, era sensata; y que no ha habido mayor insensatez ni mayor muestra de impotencia que el olvido de que los medios han de ser concordantes con el fin. ¿Qué nos ha dado en todas partes -así a marxistas como a anarquistas- la adopción de la fuerza popular o la estatal para lograr la ANARQUÍA?

La intención de Godwin es excluir la violencia, así del hombre en particular como de la sociedad. Si tanto apela a la razón, es porque confía en el buen sentido, en la tolerancia, en el libre albedrío, en la libertad: no en una libertad de desatados instintos, sino en una libertad de derechos responsables, de razón. Y porque sabe que no es posible conseguir tal libertad de la noche a la mañana, sino en virtud de un proceso evolutivo de toda la sociedad, se acuesta a la evolución. No en balde fue inglés. En Inglaterra, el sentido natural de la evolución en todo es muy anterior a la teoría biológica de Darwin. Pero Godwin, el evolucionista, aunque desconfía de la violencia, admite la insurrección, ya se un tanto ordenada, ya tan sin orden ni concierto que se la llame “ANARQUÍA” -con el antiguo valor de la palabra-. Por eso dijo lo que traduzco a continuación.

“Terrible mal es la ANARQUÍA; el despotismo lo es mayor. La ANARQUÍA ha matado a centenares de hombres; el despotismo ha sacrificado millones y millones, y por eso mismo, no ha hecho más que perpetuar la ignorancia, el vicio, la miseria. La ANARQUÍA es un mal efímero, y el despotismo es poco menos que inmortal. Evidentemente, terrible prueba es para un pueblo dar rienda suelta a sus pasiones todas, hasta que la vista de sus estragos de nuevas fuerzas a la razón, pero este remedio es a menudo más eficaz que terrible”.

⁶ “... que conciben la idea y que parecen dejar, no a otros, sino a la idea misma, el cuidado de ganar su sitio y conseguir su victoria”.

⁷ El naciente pensamiento anarquista se sitúa así encima de la realidad, como el espíritu santo de Dios se movía sobre las aguas.

⁸ La justificación es hábil. Los medios deben ser iguales a los fines. Pero puede preguntarse si estos deseos traducían solamente una impotencia para actuar.

Tenemos, pues, por una parte, que William Godwin, primer teórico del anarquismo en el orden cronológico, desconfía de la fuerza, no espera de la violencia la sociedad en que la razón -¿y qué otro numen tiene el hombre? -declare y haga respetable a la justicia, pero, por otro, como un “terrible mal”, si bien menor que el del despotismo, admite insurrección, la “violencia” más furiosa y sin control, lo que él llamo “anachy”. Y esa dualidad realista, que admite la indispensable, pero no espera lo imposible, da una respuesta bien cumplida a quien pregunta: Si aseguran que la violencia no nos permite establecer la ANARQUÍA ¿qué hemos de hacer frente al Estado despótico, renunciar a ella? William Godwin, que no confundió estas cosas, supo darle lo debido a cada cual; y nosotros, que las hemos confundido, le tenemos olvidado.

PROUDHON, POR IGUAL CAMINO

Como saben, casi al medio siglo de publicar Godwin su “Inquiry”, da Proudhon a la estampa su memoria sobre “Qué es la propiedad”, en que se declara anarquista. Por esto se ha considerado que Proudhon es el primer escritor que, quitándole el sentido del desorden a la palabra “ANARQUÍA”, hace de ella el nombre de un sistema netamente libertario de organización social. Ya he señalado en otra parte -“La defensa de Occidente”- que el poeta inglés Alejandro pope, en pleno siglo XVIII, dedicó a Lord Bolingbroke su “Essay on Man”, en el que cantó en magníficos pareados la **ANARQUÍA** natural y expuso lúcidamente con cohesión sistemática, sabiendo lo que se hacia, la ley del apoyo mutuo, en reconocer la cual también precedió a Kropotkin el mismo Proudhon, como cabalmente prueba su **mutualismo**. Pero vengamos a lo que importa. Al decir de Marx, “Proudhon no escribe solamente en pro de los proletarios, sino que él mismo es un proletario, un trabajador. Su obra -“Qué es la propiedad”- es un manifiesto científico del proletariado francés”. Convendrá tener en cuenta estas palabras, a las que uniremos otras del mismo prouthon: “Je preche l’emancipation aux proletaires, l’association aux travailleurs, l’egalité aux riches, je pause á la révolution par tous les moyens qui sont en mon pouvoir, la parole. l’écriture, la presse, les actino et les exemples”. Pero, a la vez que se entrega por entero a la revolución, advierte: “En fin, et c’est en quoi je m’éloigne le ples de mes pareils, je ne crois point nécessaire, pour arriver á l’égalite, de mettre tout sens dessus dessous”⁹.

A lo largo de toda su carrera, luchador siempre, revolucionario de principio a fin, vuelve una y cien veces sobre la idea de que la transformación social no es cuestión de violencia, sino, al revés, de exclusión de la misma, de substitución creciente de “la política” por “el trabajo” o “la economía”. Viene del fondo del pueblo y al pueblo sirve sin vacilar, pero no hace de él un dios. Conociendo la incultura en que se encuentra, teme -y lo declara- que se le conceda el voto, proclama el sufragio universal “c’est la contra-revolution” -como pronto demostró la elevación de Luís Bonaparte a la presidencia de la República y luego al trono imperial -, y sin ambages manifiesta que “La révolution sociales est. sérieusement compromis si elle arrive par la révolution politique”¹⁰. Proudhon comparte la opinión del radical inglés que, en los comunes, al ver que el sufragio era extendido a gente de muy escasos conocimientos, exclamó “¡apresuremos a educar a nuestros nuevos señores!” No es el voto lo que le espanta, sino la incultura, y, por eso mismo, si se opone al sufragio, con mayor razón se ha de oponer a la

⁹ Yo predico la emancipación de los proletarios, la asociación a los trabajadores, la igualdad a los ricos, incito a la revolución por todos los medios que están a mi alcance, la palabra, la pluma, la prensa, los actos, y el ejemplo... En fin, y en esto es en lo que me alejo más de mis fines, yo no creo que para llegar a la igualdad sea necesario subvertirlo todo.

¹⁰ La Revolución social está seriamente comprometido si llega por la revolución política.

violencia. De ahí que le diga a Marx: “... nos proletaires ant si grande soif á de science qu'on serait mal accueilli d'eux, si ont n'avait á leer présenter a boire que du sang. Bref, il serait á mon avis d'une mauvaise politique pour nous de parler en exterminateurs; les moyens de rigueur viendront assez: le peuple n'a besoin pour cela d'aucune exhortation”¹¹ En la misma idea insistiría Reclus, recordando la Comuna de París, en su bello ensayo sobre “Evolución, revolución y el ideal anarquista”.

Marx, por el contrario, insistía en “hacer prevalecer los intereses de los proletarios sobre los de los burgueses...alcanzar este objetivo mediante la supresión de la propiedad privada y su substitución por la comunidad de bienes... no admitir otros medios para la realización de estos propósitos, que la revolución democrática y violenta”. Lo que para Marx era el único medio transformador, para Proudhon era un factor reaccionario. Cuando Marx le incita a la relación internacional del pensamiento de avanzada, con el intento que esté en guardia cuando llegue “el momento de acción”, a Proudhon, no menos bravo que Marx, le asombra que el profesor revolucionario tenga tal concepto de revolución y se pregunta si creará “qu'aucune réforme n'était possible sans un coup de mains, sans ce qu'on appelait jadis une révolution et qui n'est tout bonnement qu'une secousse”¹². Lo cual comentan Segent y Hamel diciendo (pág. 172) que “la acción revolucionaria no le parecía un medio de reforma social, porque ese supuesto medio sería sencillamente una apelación a la fuerza, a la arbitrariedad; en resumen, una contradicción. **Une Saint-Barthélemy des propriétaires** no habría hecho más que dar nueva fuerza a la propiedad” Y añaden más adelante (pág. 177) que la ANARQUÍA proudhoniana “rechaza la violencia, la conquista -armada o no- del Estado y de la propiedad, porque rehusaba el Poder. No son menester los medios de fuerza, los instrumentos de gobierno, para la renovación social”.

LOS PROLETARIOS DE CAFE

El vaquerito de Besancon, el chaval de la viuda lavandera, el corrector de imprenta, el verdadero proletario que se eleva a las cumbres altaneras de gran parte de la ciencia de su tiempo dirige sus obras, como Godwin, a la gente culta: sus denodados ataques contra la propiedad, a los propietarios; sus magníficos cantos a la revolución, a los estamentos contra-revolucionarios. Y no confía en “el pueblo”, de su tiempo, ni en la clase obrera de que ha salido, porque sabe que ni una ni otra tienen más arma que la violencia, con la que no han de lograr su rendición. El primer pensador que se declaró anarquista sin temor al sentimiento de desorden y de caos dado al término “ANARQUÍA”, se opone al desorden de la asonada, se opone al caos del motín. Y se opone precisamente por eso, porque es anarquista, porque es “el padre de la ANARQUÍA”. Pero pronto vienen un tiempo en que los discípulos de Proudhon, haciendo alarde de ser más “avanzados” que su maestro por no aprendido la lección que condenaba la violencia, le enmiendan la plana aquí y allá, con presunciones de quines quieren enseñar a hacer hijos a su padre.

Como bien dice Serget y Harmel, Proudhon, no obstante la ardentía y el arrojo con que luchó por la verdad y la justicia, “n'aurait su oué mener le mouvement révolutionnaire. Il ne concevait

¹¹ Nuestros proletarios tienen una tan grande sed de ciencia que seríamos mal recibidos por ellos no teniendo otra cosa que sangre para darles a beber. Según mi modo de ver, sería una mala política para nosotros presentarnos hablando como exterminadores, los medios de rigor vendrán por sí solos. Para eso no tienen necesidad el pueblo de ninguna exhortación.

¹² Ninguna reforma era posible sin un golpe de mano, sin lo que llamaban antes una revolución y que no es otra cosa que una convulsión.

pas la possibilité de construire par la violence l'ordre de liberté auquel il aspirait. On n'instaura la liberté par la force. On ne contraint pas les hommes à être libres. Et ce n'est pas non plus dans les dévastations de la guerre civile que peut fleurir la prospérité économique à laquelle Proudhon tenait si fort”.¹³ Marx, por el contrario, siguiendo a Rousseau, quería obligar a la gente a redimirse y a ser libres. Rousseau decretaba tal “libertad” en nombre del pueblo, y Marx en nombre del proletario. Proudhon, que sólo por corto tiempo se entregó al hegelianismo -para dolerse después de los errores que le costó-, no necesitaba el caos para crear el orden; Marx, hegeliano toda su vida, necesitaba -como Stirner y Bakunin, que también lo fueron- destruir una sociedad para hacer surgir otra de sus cenizas, aniquilar la afirmación con la negación, deshacer la tesis capitalista con la antítesis proletaria para sacar de la catástrofe la síntesis del comunismo y de la ANARQUÍA.

Cuando uno lee el “Manifiesto Comunista”, puede creer que esta dialéctica es la mecánica de la Historia, pero no pasa de ser la caprichosa interpretación de cierta parte de la Historia por filósofos, pedantes y proletarios de pacotilla. Cuando Bakunin, expulsado de Francia, fue a Bruselas en 1847, visitó al grupo marxista que allí había, y he aquí como lo describió: “los alemanes prosiguen aquí haciendo sus acostumbrados daños. Vanidad, malicia, murmuraciones, arrogancia teórica y descorazonamiento práctico, cantos a la vida, a la acción, a la sencillez, y completa ausencia de sencillez, acción y vida: trabajadores de libertad libresca y amigos de la retórica, llenos de una repugnante coquetería política. Fűrbach -dicen- **es un burgués**, y la palabra **burgués** es repetida, como una consigna, **ad nauseam**; pero todos ellos son pequeños burgueses de la cabeza a los pies, y hasta la medula. En una palabra: mentiras y estupidez, estupidez y mentiras...” Lo malo es que Bakunin, como veremos más adelante, adoptó -en esencia- los principales errores de la tertulia de intelectuales metidos a proletarios, desdeñando, en cambio, la enseñanza anarquista de Proudhon, proletario de altura, muy inteligente y muy culto, si arrogancias intelectuales.

Hagamos aquí un resumen, sin el cual no convendría adentrarse en otro período del anarquismo. Para Godwin, la “ANARQUÍA” es desorden, y la detesta como tal; pero aun así, la prefiere al despotismo. Para Proudhon, la “ANARQUÍA”, como para nosotros, es el orden libertario, y, aunque no espera éste ningún desorden, admite la insurrección. Ni Proudhon ni Godwin creen posible alcanzar la ANARQUÍA del primero, que es la auténtica, por la “ANARQUÍA” del segundo, que es el caos; y si Godwin, para lograr, confía exclusivamente en la razón -en convencer, y no en vencer-, Proudhon confía en la razón y en el juego de las fuerzas económicas, con las que el trabajo va cambiando el mundo. Ambos a dos discrepan en absoluto de los “Enragés”, que quieren lograr la ANARQUÍA de Proudhon con la de Godwin -el orden con el desorden, la paz con la guerra, la libertad con la fuerza sin control-, sin atención a estas palabras de Saint-Just¹⁴: “DANS l'état d'affreuse anarchie où nous sommes, l'homme redevenu comme sauvage ne reconnaît plus de frein légitime; l'indépendance armée contre l'indépendance, n'a plus de loi, plus de juges. Et toutes les idées de justice enfantent la violence et le crime par le défaut de garantie; toutes les volontés isolées n'en obligent aucune, et chacun agissant comme partie naturelle des législateurs et du magistrat les idées que chacun se fait de l'ordre opèrent le désordre général”. Datán de noviembre del 92, y pueden servir de prólogo

¹³ No hubiera sabido conducir el movimiento revolucionario. No concebía la posibilidad de construir por la violencia el orden de la libertad al que aspiraba. No se instaura la libertad por la fuerza. No se constriñe a los hombres a ser libres. Y no es tampoco en las devastaciones de la guerra civil que puede fortalecer la prosperidad económica que Proudhon deseaba tan ardientemente.

¹⁴ En el estado de horrible ANARQUÍA en el que estamos, el hombre, como vuelta a la condición de salvaje, no reconoce ningún freno legítimo: la independencia armada contra la independencia, ya no tiene más ley ni jueces, y todas las ideas de injusticias engendran la violencia y el crimen por falta de garantía: todas las voluntades aisladas no obligan a ninguna, y cada cual actuado como porción natural de los legisladores y del magistrado tienen como consecuencias que las ideas que cada uno se hace del orden produce el desorden general.

a una historia del Terror, porque lo explican sugiriendo que la “anarchie” de que él hablaba -la violencia desenfrenada- está preñada de tiranía y es la madre de la misma.

ENTRA BAKUNIN EN ESCENA

Bueno, pues, compañeros; les traeré a las mentes varios textos de Bakunin, y ustedes, la juzgarlos, se dirán si la táctica en ellos esbozada es mejor o peor que la de Godwin y Proudhon, si supone un avance respecto de ella o supone un retroceso a la de los “Enragés”, y, finalmente, si es anarquista o no lo es. En su “confesión” al Zar, revela así lo que anheló hacer en Bohemia. “Mi intención fue destruir todos los castillos, todos los registros administrativos y todos los títulos de los señores feudales; declarar nulas las hipotecas, así como todas las demás deudas que no excedieran determinada cantidad. En resumen, la revolución que yo proyectaba iba dirigida contra las instituciones, mejor que contra las personas” En 1873, les reprochaba a los cantonalistas barceloneses no haber quemado el Ayuntamiento: “Es lo primero que hay que hacer en toda revolución, y lo han olvidado”. Tan al pie de la letra nos aprendidos esta lección los anarquistas españoles, que en casi todo alzamiento hemos quemado Ayuntamientos, iglesias, Registros de la propiedad, etc., y yo mismo me recuerdo en plena guerra civil, quemando actas notariales en un pueblo de Cuenca, y creyendo que así hacía la verdadera revolución... Nuestro concepto de la misma, infantil, romántico a la vez, necesitaba hogueras como Moloch, y como el dios de los católicos pide incienso, pedía humazo de papelotes.

Pero sigamos, Bakunin lanzaba su ofensiva contra las instituciones, no contra los seres humanos... Esto se explica leyendo en “El imperio knuto-germánico”: “La revolución, como ha asumido carácter socialista, ha dejado de ser sangrienta y cruel. El pueblo no es cruel; las que lo son, son las clases privilegiadas”. ¿Cabe mayor ingenuidad, parejo error? Continuemos leyendo: “El pueblo, a veces se alza furioso contra todos los engaños, todas la vejaciones, todos los tormentos y opresiones de que es víctima, y se lanza como una manada de toros enfurecidos sin ver ya lo que pilla por delante y destrozando cuanto halla al paso. Pero estos son muy raros y breves episodios. De ordinario el pueblo es bueno y humano”. Pero eso no eximió a Bakunin de tener que decir en su “Casta de Marsella”. “No es menester matar a esta gente. La guillotina no mata a la reacción. Sólo la hace revivir. Además, como la inmensa mayoría de los burgueses son reaccionarios, ¿dónde han de de parar? Cuando uno esta haciendo una revolución para liberar a la humanidad, ha de respetar a la libertad y la vida de los hombres; más no es preciso respetar las bolsas llenas de botín”. Siempre se ven tales contratos en Bakunin: si su amor a la revuelta, de la que tenía una noción romántica, épica y grandiosa, le incita un día a exhortar al pueblo a la rebelión, su generoso espíritu le incita al día siguiente a evitar muchos horrores de la misma. Más siempre vuelve a las andadas.

He aquí un párrafo de su “Carta a un Francés”, eliminado por Guillaume -con buen acuerdo- de la edición de 1870, pero dado en la de 1907; “Francia sólo puede ser salvada por la ANARQUÍA. Desencadenar la ANARQUÍA de este pueblo, así en el campo como en las ciudades, hacerla crecer hasta que se haga una avalancha arrolladora, que devore y aplaste a todos los enemigos y a los alemanes. Que es un método bárbaro y heroico, eso muy bien lo sé yo. Pero la única y la postrera esperanza. El pueblo francés tiene que elegir entre la civilización burguesa, con la esclavitud, y la barbarie proletaria, con la libertad” ¿Es esto sensato? ¿Cómo se explica que Bakunin, al cuarto de siglo de conocer a Proudhon, identifique la **barbarie** con la **libertad**? ¿Qué ANARQUÍA y qué anarquismo son los suyos?

“Las malas pasiones -le dijo a Herwegh en una carta- engendraron una guerra campesina, y lo celebro, pues no temo la ANARQUÍA, sino que la amo con toda mi alma. Tan sólo ella, por la fuerza, puede arrancarnos de esta maldita mediocridad en que vegetamos desde hace tan largo tiempo”. Esas palabras, más que de un pensador, mejor que de un revolucionario y hasta de un hombre ocupado, parecen ser de un teniente que pide guerra porque no puede aguantar su frustración; y evidente es que en ellas; como en las copiadas anteriormente, la ANARQUÍA anhelada, no es posterior a un cataclismo social, sino el mismo cataclismo. Bakunin ama la “ANARQUÍA” que, con razón, horroriza a las gentes, no la tenida por Reclús por “*la más alta expresión del orden*”. O mejor dicho, ama las dos, pero una con su bravío temperamento, la otra con su cerebro; y si el pensador escribe páginas excelentes en pro de la posterior, el hombre de acción, predominante en Bakunin las olvida y nos las hace olvidar con su culto a la primera, negación de la segunda.

DESCONCIERTO DE CONTRARIOS

En el primer artículo periodístico de Bakunin se advierten ya sus principales características, y especialmente su mística catastrófica, que, combinada a la perfección con la dialéctica hegeliana, le hace decir: “Pesado está el aire, y en sus flancos trae ya la tempestad. Por eso lanzamos este grito a nuestros hermanos ciegos: ¡Hagan penitencia! ¡Hagan penitencia! ¡Se acerca el reino del Señor...! Nosotros decimos a los conservadores: abran los ojos del espíritu, dejen a los muertos la tarea de enterrar a los muertos, y adviertan, en fin, que no es en las ruinas a punto de hundirse donde se ha de buscar un espíritu renovador, eternamente joven: el eterno recién nacido. Tengan confianza en este espíritu que destruye y crea, porque en él se halla la eterna fuente de cuanto vive. El afán de destruir es, a la vez, un afán creador.” Destrucción y creación... Nunca salió de este embrollo tan hegeliano y tan místico, en el que perdura el mito del sacrificio pascual y de la muerte del Mesías, del embrollo que a Marx le hizo concebir la Historia como una serie de cataclismos, de eliminaciones repetidas y completas de unas clases por otras y le llevó a propiciar la dictadura del proletariado para lograr la ANARQUÍA, y al mismo Bakunin, peor aún, le hizo anhelar “la ANARQUÍA” del desorden, de la “barbarie proletaria”, de las “malas pasiones”, como premisa de la del orden, la de la civilización y la del bien. Para fecundar la tierra, necesitaba inundarla, mal que fuera de sangre, y pareció querer “el diluvio” anunciado por Luís XV.

En Bakunin se encuentran siempre en pugna su ideal y su carácter, venciendo una vez uno, otra vez otro, sublevándose por turno. Conjuntos, no se conjugan, no se armonizan formando un “concierto de contrarios” -como diría Gracián-, sino que se desconciertan, les desconciertan... y nos han desconcertado el anarquismo. Su ideal y su carácter se unen por lo que tienen en común, que es la generosidad, la gallarda hombría, la noble aspiración; pero chocan al unirse porque lo que quiere el tempestuoso carácter lo prohíbe el pacífico ideal. Si éste predomina, su ANARQUÍA verdadera doma la falsa, a la “ANARQUÍA” del carácter; si éste cabalga, su “ANARQUÍA” -que viene a ser el jinete apocalíptico de Shelley, tan semejantes a los de Juan el de la Visión- empuña las riendas del ideal, conduciéndole a terrenos lejanos del anarquismo. La conjunción de carácter e ideal, de “ANARQUÍA” y ANARQUÍA, de caos y orden, de destrucción y construcción, de violencia y libertad, no puede tener equilibrio estable, por contradictoria, por antitética y, a la larga, imposible; su desconcierto constante escinde el alma y la vida de Bakunin, haciendo de él un hombre de formidables contrastes, que si negando se afirma, afirmando se niega. Segent y Harmel dicen de él que es “el Quijote de la Revolución”

lleno de “obsesión revolucionaria y pasión destructiva”; que vivió “en plena quimera”, viendo visiones, y cabría decir, a la andaluza, que siempre fue **un quimerista...**

Bienhan hecho los autores de la “Histoire de l’Anarchie” dedicando un capítulo de su libro al carácter de Bakunin, a la formación del mismo. Quien manda la artillería que abate a los decembristas, es un Bakunin; uno de los conjuradores supervivientes, Muraviev, es ahorcado, y otros cinco de igual nombre son desterrados a Siberia, Miguel Bakunin Muraviev -llamándole a la española- no olvidara nunca a los decembristas: “Son nuestra gloria más pura, nuestros santos, nuestros héroes, las mártires de nuestra libertad, los profetas de nuestro porvenir...” Su padre, en Francia al estallar la revolución, presencia la toma de la Bastilla, y posteriormente, muchas veces encandila los ojos de sus hijos describiendo la epopeya de París. Miguel jamás la olvidara, entendiéndola a través del poético relato; ni olvidara las hazañas guerrilleras de Stenka Razin y Pugatchef, héroes auténticamente rusos, cabecillas de cosacos y de siervos sublevados, con sus canciones corales por la estepa, sus cabalgados, su instinto anárquico en pleno goce de anchura; ni dejara de admirar a los boyardos antiguos, adalides de su raza, tan señoriales como rebeldes a todo yugo. Lleva la épica en la sangre, y en su imaginación más romanticismo que la de Pushkin, más combate y más grandeza que los que vemos en los cuadros de David. Pero, en su hogar, Bakunin choca con su padre, contra el cual se rebela sin poder dejar de amarle. Tiene que marcharse de Primukino, tras haber fracasado en el ejército; y cuando rompe con su familia, cuando sabe que no le será posible volver a casa si no es en triunfo, fracasa en Moscú, se va de Rusia, y al irse, como rompió con su familia anteriormente, rompe con su país, sin dejar de amarlo con ardencia.

ABERRACIONES IDEOLÓGICAS

Nos hallamos ante un carácter noble, poderoso, de gigante, que aspira a heroicas grandezas, pero se niega a aceptar la frustración, que le amarga y se le hace rebeldía. En Moscú, se inicia en la filosofía alemana, y le entusiasma la de Hegel. Necesita justificar la existencia de cuanto le oprime, porque no puede liberarse de ello venciendo, y el filósofo del poderío prusiano “justifica” cuanto existe en este mundo, sin excluir los patíbulo. Pero en el fondo de Bakunin se agita el ansia de rebeldía, y ella le permite descubrir pronto la interpretación “revolucionaria” de la doctrina hegeliana, que, al parecer, para todo vale por no valer para nada. Va a Berlín, y su espíritu, debatiéndose ya en contradicciones instintivas, se abraza a las lógicas, a la dialéctica hegeliana, que es la de la guerra sin paliativos, la del pez de la antítesis se como al pez de la tesis y se produce la síntesis de una buena digestión. En tal dialéctica no hay concierto de contrarios, sino incesante eliminación; sujeta a ella, la Historia no es evolución transformadora, sino “revolución” que destruye y crea: saltos, contrarios a la opinión de Linneo; conflictos, crisis, guerras de exterminio. Por lo tanto, su ley suprema -vital y mortal, mortal y vital- es... “la ANARQUÍA”, la violencia, la fuerza desenfrenada. Aquí tenemos el “anarquismo” hegeliano de Bakunin y Stirner, hermano del de Marx y necesario de los tres; necesario a Marx y a Stirner para abrir la exclusiva de sus resentimientos, y necesaria a Bakunin para abrir las compuertas de su amargura en “esta maldita mediocridad”, repleta de impulsos épicos...

En su “Confesión al Zar”, recordando los días en que estuvo a punto de echarse al Sena, declaraba Bakunin: “Habiéndome apartado de la patria, habiéndome prohibido a la ligera toda posibilidad de volver, no pude hacerme alemán ni francés; muy al contrario, cuánto más estaba en el extranjero, más profundamente sentía que soy ruso y qué jamás dejare de serlo. Pero la vuelta a la vida rusa no me era posible sino por la vía criminal de la revolución, en la cual tenía

entonces, y aún más tarde, poca fe; y, para decirlo francamente, no creía en ella sino mediante un esfuerzo sobrehumano y doloroso, sofocando la voz interior que me gritaba todo lo absurdo de mis esperanzas y mis empresas”. Aun descartando la depresión que le dictó eso en la cárcel a Bakunin, no hay que olvidar lo que en su vida de lucha confirmó, Se unió a los rebeldes polacos, aristócratas anárquicos de antiguo, pero no para luchar por la justicia social, sino con la ilusión de librar a su patria del “yugo extranjero” -pues insistió en que los Romanoff siguen siendo germánicos-, y volver a ella con la aurora de un guerrillero liberador. Se hundió en el paneslavismo, y soñó con abrir a los eslavos la puerta oriental de Europa y construir un imperio como el que está construyendo Stalin, basado en Constantinopla y dirigido por el Zar. La loca idea de que el zar se pusiese al frente de una gran “revolución”, en la que resurge la de los socialistas anhelantes de que Napoleón les conquistase el socialismo, le volvió muchas veces a la mente. Preso en Siberia, trazó planes sobre ella con su primo Muraviev, el Gobernador, y ambos convinieron en la necesidad de “un fuerte poder dictatorial”, “una dictadura de hierro con vistas a la emancipación de los eslavos, la cual habría de empezar recobrando Polonia su integridad y mediante una lucha a muerte con Austria y Hungría”.

Y, bien pensadas las cosas ¿qué hay de extraño en éstas? Si la “ANARQUÍA” de la revuelta ha de lograr algún fin determinado, menester es dirigirla. Conspirando siempre, luchando en París o en Praga, en Dresde o en otra parte, y organizando de continuo la susodicha “ANARQUÍA”, con voladura de ayuntamientos y todo, Bakunin dirige y manda, ni más ni menos que hacía Blanqui; no mandará como ministro, pero sí como jefe, dirigente o cabecilla de cualquier insurrección. Si se apela a la fuerza colectiva, hay que organizarla y jerarquizarla, dominarla por completo. En cierta ocasión, al encontrarse con Marx, éste le dice “¿Sabes que me encuentro ahora al frente de una sociedad secreta, comunista, tan bien organizada que si digo a cualquiera de sus miembros: “Vete a matar a Bakunin”, te matará?” Naturalmente, no le asustó. Bakunin era perito donde Marx era aprendiz. Y como perito conspirador, pero no como anarquista, escribió en su “Catecismo revolucionario”: “Una asociación de fin revolucionario, necesariamente se ha de organizar como sociedad secreta, y toda sociedad secreta, en interés de la causa a que sirve y de la eficacia de su acción, así como en el de la seguridad de cada uno de sus miembros, debe sujetarse a una firme disciplina...”

Si, como es de esperar hoy, de la sociedad secreta hay que pasar al ejército, ¿qué problema surge? El que surgió en España, que fue el Makno... magnificado.

EL GIGANTE DE UNA ÉPOCA

Desde que llega a orillas del Rin hasta que va a descansar a “La Baronata”, Bakunin vive para la épica de sus sueños, dedicado a la Revolución -con mayúsculas, sí, que era su diosa- lo mejor de su existencia. Y durante ese período, que entró en su fase final al hundirse la Comuna de París, si su carácter le pidió acción y revuelta, Europa entera se las brindó. Desde 1840, en que el grito de proudhon -“la propiedad es un robo”-, como un golpe de huracán, sacó de quicio la puerta del privilegio burgués -quicio romano, de derecho de conquista-, la casa entera quedó revuelta. Poco después, desde Suiza, lanza Weitling, proletario, sus emociones e ideas socialistas, algunas de las cuales, al son de las proudhonianas, entrañan mucho anarquismo; por ejemplo ésta: “La perfecta sociedad no tiene gobierno, sino tan solo administración, no tiene leyes, sino sólo obligaciones; ni castigos, sino medios de corrección”. En febrero de 1848 se publica el “Manifiesto Comunista”, que proclama la guerra en su primera sentencia: “La historia de toda la sociedad existente hasta aquí es la historia de las luchas de clases”. Y aquel año hay

zambra en todo país; naciones que luchan por su independencia, liberales que luchan por la Constitución o por la República, trabajadores que luchan por el reparto de bienes o por la socialización. Apocalipsis y génesis se confunden aquel año, en que, al decir de Proudhon, si alguien hubiera afirmado que se acababa de echar del cielo a Dios, proclamándose luego la república, todo el mundo se lo habría creído sin sorpresa.

Bakunin, preso en la fortaleza de Pedro y Pablo, recordaba la revuelta de París, en la que participó, y al describirla tuvo una pluma tan épica como la de Víctor Hugo. Para Proudhon, que también la presencié, fue “una fiesta sin principio ni fin... Parecía que el universo entero había sido subvertido, que lo increíble se había hecho habitual, posible lo imposible y lo habitual, cosas desapercibidas”. Pero desde el primer momento se dijo, cauto: “Se ha hecho una revolución sin una idea... No tengo nada que hacer en ella”. Para Bakunin, por el contrario, lo que acabó en la pazguata republiqueta de Lamartine, estaba destinado “a cambiar la faz de Europa por completo... El movimiento revolucionario no se detendrá hasta que Europa, Europa entera, sin excepción, aún la misma Rusia, se haya hecho una república democrática, confederada...” De lo que a él le entusiasma saca Proudhon lo que el ruso no ha entrevisto: la realidad económica, la asociación de la gente en el trabajo, su “Solución del problema social” que es la “anarchie positive”. Bakunin, poseído por el espíritu de la acción, no tiene tiempo para ver y meditar. Recorre Europa de punta a punta, da la vuelta al mundo, y hasta en las nieves siberianas conspira y prepara revoluciones. Cuando se halla en libertad, o está luchando u organiza nuevas luchas. Pero es difícil saber por qué, para qué, lucha. Se une a los polacos, a los franceses, a los eslavos, a los sajones, se dice que lucha por luchar; que va a las luchas iniciadas porque no quiere perderselas; que -como los irlandeses- reclama su parte en todas, y que sus ganas de lucha le hacen unirse a toda suerte de luchadores y aún forjarlos cuando faltan.

Cree encontrarlos hasta en los “paysans” franceses, que se le antojan socialistas porque están dispuestos a repartirse las tierras colindantes con las suyas. Exhorta a la insurrección a los campesinos del sur de Italia, y los recibe con gozo en su alianza -con la que aspira a cambiar la faz del mundo- aun conociendo su atraso. Su carácter, su época y la dialéctica hegeliana le hacen creer que es posible subvertir y cambiar todo de la mañana a la noche, y por doquier forja o busca el instrumento que, como varita mágica, le permita hacer la transformación: ya son los polacos, ya los eslavos, ya es la sociedad secreta, ya el pueblo en armas; y, finalmente, es la clase trabajadora: fracasados los demás “la Asociación Internacional de Trabajadores -manifestó- se presentaba como el mejor **instrumento**”. Nótese la palabra que subrayo, pues todavía hay anarquistas que conciben los sindicatos obreros como **meros instrumentos de su revolución**... Y, descubierto por él tal instrumento -el proletario-, a los errores de Bakunin incorporó al anarquismo, resumidos en la idea de que la revolución es una guerra civil, se añadió una más, típicamente marxista y completamente mítico: que la revolución social ha de ser obra de una clase rezagada y perdurable para **in eternum** su redención de la humanidad...

EVOLUCIÓN Y REVOLUCIONES

Nunca, que yo sepa, se ha dado el caso de que una revolución -entendiendo por ésta lo que se viene entendiendo en a jerga política ordinaria- haya cambiado una sociedad hasta el extremo de hacerla pasar súbitamente, por ejemplo, del feudalismo al capitalismo. Estos cambios profundos y complejos son muy lentos y se producen en siglos de evolución, pero a menudo se ha caído en el error de atribuir a subitáneas revoluciones los resultados de la evolución

constante. Tal error, que en el siglo XIX se hizo un dogma, engendró la idea de la revolución violenta y proletaria, que vamos a analizar. Observen primeramente que hablo en singular de la evolución, y de las revoluciones, en plural y que así lo hago porque, en efecto, la evolución es permanente y es única, mientras que las revoluciones pueden ser muchas, todas aisladas entre sí. La evolución es el cambio de la sociedad en todo su ser, y las revoluciones no son más que pugnas tendientes a conseguir nuevos regimenes sociales, nuevos sistemas de ordenación, exigidos por cambios operados anteriormente en la sociedad. Así ocurre, también, en buen Derecho que la leyes escritas son precedidas por las consuetudinarias o, cuando menos, por la social necesidad de las mismas. La evolución, como serie de cambios de un ser vivo en desarrollo, es natural e inevitable; las revoluciones, mucho más históricas y accidentales que naturales, aun cuando, algo cambien, siempre cambian menos que la evolución, de la que dependen exactamente igual que de toda gestación depende de el parto. Afecta la evolución a la esencial naturaleza de las cosas y las revoluciones solamente a la forma y al orden de las mismas. Si aquélla cambia el contenido social, éstas sólo continente, y por exigencia del contenido.

Esto, aplicado a la historia, quiere decir -contra cosas que yo mismo he creído so la influencia de doctrinales prejuicios, que me cegaron ante mil datos históricos- que el establecimiento del régimen burgués -con o sin revolución- es precedido por la existencia real de una sociedad predominantemente burguesa, y que, asimismo, una sociedad principalmente socialista en moral, técnica, etc., precederá al establecimiento de un régimen de tal signo, ya se logre tal régimen mediante la evolución al pasar esta del contenido al continente social, ya se consiga con sacudidas de son revolucionario, que -dicho sea de paso- podrán poner en peligro el socialismo predominante en la sociedad. No hay ANARQUÍA sin anarquistas, ni revolución capaz de permitirnos vivir en un régimen social no reclamado por nuestra propia evolución. Es ésta, y no las revoluciones, la que realmente nos pasa de una sociedad a otra, porque ella es la que cambia a la misma sociedad, valiéndose a veces de revoluciones. Y es esto, tan verídico y tan claro, tan probado por la historia de toda la humanidad, lo que se olvidó en el pasado siglo, cuando se empezó a creer que son las revoluciones las que transforman la sociedad, convirtiéndola, por ejemplo, de feudal en burguesa, de burguesa a proletaria o socialista. Y en tal creencia se sigue ahora.

¿De qué causas surgió? En primer lugar, de la resistencia de viejas clases privilegiadas a un cambio de esencia y forma en todo el cuerpo social. Al oponerse a la evolución, se convirtieron en una rémora para la sociedad en su conjunto, que pedía un reajuste adecuado a su propio desarrollo; y a su oposición que se fue haciendo más y más represora y violenta, hubo que replicar con la violencia “revolucionario”. Apenas hubo pensador capaz de creer posibles las grandes transformaciones sin recurrir a la violencia, y ésta fue el arma excluida de todo grupo insatisfecho, desde los aristocráticos polacos al proletario de toda Europa, pasando por los nacionalistas italianos y los burgueses liberales. Como la apelación a la violencia fue general -ya por imperiosa necesidad, ya por influencia de la Gran Revolución, cuyo ejemplo resultó muy contagioso, se hizo de ella una odiosa, cuyos más fieles devotos fueron los trabajadores, no ya por ser más violentos de suyo, sino porque las revoluciones, al sucederse en el siglo, satisfacían a tal o cual sector social, pero no al proletariado, que en virtud de esa insatisfacción continuó siendo revolucionario: “La única clase revolucionaria hasta el fin”; hasta el fin que anhela conseguir... De ahí que a la idea **fija** de la revolución violenta se superpusiera la idea **fija** de la revolución proletaria. Y ambas a dos implicaron, de propósito, de insurrección del proletariado contra un régimen político social y la creación urgente, por menos que instantánea, de una sociedad superior a la existente.

LA REALIDAD DEL PROLETARIADO

Tal dualidad de aspiraciones no casa bien. La insurrección sobre ser necesaria, era posible; la creación de una nueva sociedad superior -muy superior- a la existente, no era posible en corto plazo. Las condiciones en que vivía el proletariado inglés hace aproximadamente un siglo, les parecen hoy ignominiosas, criminales, bárbaras, y con toda dureza se condenan en libros, púlpitos, escuelas, más que en centros proletarios; pero entonces había otra moral, que permitía la barbarie y el crimen y la ignominia sin más protesta que la tal o cual esteta refinado, la de algún cristiano de mucho amor a su prójimo y la de algunos obreros combativos. De las mismas filas del proletariado surgían, precisamente, los más rapaces explotadores, los más brutales y despiadados; y se explicaba que así fuere, porque, la clase trabajadora era la más avezada al duro trabajo, la más inculta y, en fin la menos evolucionada en todo. Si al principio del siglo destruyo a martillazos los telares cierto es que tuvo rebeldía, cierto que tuvo rebeldía para luchar contra la opresión, pero no es cierto que tuviera capacidad socialista. Si antes de mediar el siglo descubrió todas las formas de la lucha proletarias conocidas hasta hoy, tuvo, también, ciertamente, capacidad para tal lucha, más ni aun así dio claras muestras de tenerla para vivir en régimen socialista. Y aunque las hubiera dada, ¿cómo habría vencido la resistencia de buena parte de la nación a lo que ahora está aceptando en gran medida?

Suponer, como hasta aquí se ha supuesto, que el mero hecho de que la clase trabajadora se resista a la opresión de que es objeto prueba que todos sus miembros son enemigos de la opresión es el mayor de los errores. Y otro que tal es el implícito en creer que su oposición a la burguesía, y aun el régimen burgués es su conjunto, demuestra que es socialista. Al cabo de más de un siglo de pelea proletaria, que yo aplaudo de todo corazón, se ha conseguido -gracias, por cierto, al rendimiento de las máquinas- reducir la jornada de trabajo y aumentar poco o mucho la participación del proletariado en la riqueza social, que él contribuye a lograr en alto grado, si bien no exclusivamente, pero la clase trabajadora no ha dado en ningún país muestras muy claras de ser real y extremadamente socialista, porque jamás a tendido a hacer lo que cabe hacer sin luchas, que es igualar los salarios por medio del Sindicato, al que puede dar diez quien gana treinta, para que perciba veinte quien no gana más de diez. Cabe hacer eso, si de veras se quiere, en todo tiempo y lugar, si no es posible lograr que los patrones paguen el salario único que el Sindicato reclame. Y cuando hagamos eso si esperar a revolución alguna, cuando nosotros establezcamos la igualdad en nuestras filas, no necesitaremos propugnarla en tribunas y periódicos, ni demostrar que nacemos socialistas como otros naces burgueses. Sólo entonces, cuando hagamos las mil cosas socialistas que cabe hacer en el seno de la sociedad burguesa, probaremos que nosotros, la clase trabajadora, tenemos ya la moral indispensable para vivir en socialismo.

Y he aquí que, en tal caso, cuando cupiera creer que el proletariado podía ser redentor de esta viciada sociedad, tan justificada quedaría al punto su revolución en ella, que acaso fuera innecesaria. Si, porque el ejemplo vivo de una moral superior, de justicia social y fraternidad humana, seguramente haría milagros transformadores en todo el cuerpo capitalista. Pero hoy es frecuente el hecho de que los mismos trabajadores, a la vez que -con razón- se empeñan en reducir los beneficios del burgués, se resisten a admitir el jornal mínimo vital, que hasta los privilegiados han empezado a aceptar como imperativo ético si es que no se les tolera alzar sobre él toda la escala de salarios, perpetuadota de diferencias sociales. ¿Por qué ocurre esto? Porque el proletariado de la realidad no es el de los mitos redentoristas. En realidad y generalmente, es proletario quien no ha podido dejar de serlo. Todos, si podemos sacudimos el yugo de la explotación, y muchos son los explotados que, si pueden, explotarán a su prójimo. Por añadidura, dentro de las circunstancias de esta sociedad en que leyes y armas mantienen la explotación, la suprema causa de que aceptemos el yugo del salariado, y especialmente el de

los más bajos jornales, en nuestra propia incapacidad cultural y técnica, que, aunque no siempre seamos culpables de ella, nos impide superar esta sociedad que ni siquiera conocemos. Y otra cosa: Marx y Bakunin hablaron, a veces, del proletariado, en el sentido económico del término, entendiendo por “proletarios” todos los carentes de capital -de medios de producción- y sujetos a salario. En el término entran “intelectuales”, técnicos de toda suerte y obreros manuales de toda categoría. Pero en el intento de hacer la revolución proletaria y violenta no entran, de ordinario, más que los últimos y en escasa proporción, lo cual se reduce a cero donde el obrero manual sale de apuros y tiene algunas comodidades, como ocurre en Suiza, en Escandinavia, en Dinamarca, Holanda, Bélgica y gran parte del mundo de habla inglesa. En otros muchos países, de la Argentina de Perón a los dominios de Stalin, el proletariado de la realidad se vende al mejor postor por un pan o una consigna demagógica. Como es ignorante, se deja engañar, como es incapaz, necesita encomendarse a cualquier dios. Y si estando atrasado hiciera alguna revolución, está sería regresiva, inaguantables, pese a surgir de un anhelo de justicia.

LA DIALÉCTICA MARXISTA

El error de atribuir a una momentánea revolución violenta los grandes cambios sociales que sólo cabe esperar de la evolución, y el de creer que las clases menos evolucionadas -lo digo en términos generales- de la sociedad burguesa redimirá con aquella revolución a la humanidad entera, se combinaron los mitos del Mesías proletario, anunciado por Marx en 1848. Si absurdo fue entonces, absurdo es hoy; y se sigue creyendo en él cuando en gran parte se han esfumado las circunstancias de que surgió, es en virtud de la doctrina que dio a tal mito carácter de ley histórica. Tal doctrina fue, principalmente, el materialismo dialéctico de Marx, que, aunque, se halla en abierta oposición con la teoría darwinista, fue proclamado por Engels tan importante por la Historia como aquella para la Biología. Concisamente quedó expuesta en el “Manifiesto” de 1848, y así nos la resumió su profeta menos, Engels: “Que en todo período histórico, el modo de prevaleciente de producción económica y de cambio, con la organización social que necesariamente ha de salir de él, constituye la base sobre cual se construye, y por virtud de la cual únicamente se explica, la historia política e intelectual de la época; que, por lo tanto, la totalidad de la historia humana -desde la disolución de la primitiva sociedad tribal, que poseía en común la tierra- ha sido una historia de lucha de clases...; que la historia de estas luchas de clase forma una serie de evoluciones, mediante la cual se ha alcanzado actualmente una etapa en que la clase explotada y oprimida -el proletariado- no puede lograr su emancipación del poder de la clase explotadora y gobernante -la burguesía- sin emancipar de una vez y para siempre a toda sociedad de toda opresión, toda explotación, toda diferencia y lucha entre clases”.

Razón hay para achacar gran importancia social al modo de producción, si bien no tanta como a la producción en sí misma cuya influencia no depende estrictamente de su modo; pero resulta inadmisibles asegurar que, “por lo tanto”, la historia humana no es más que una serie de luchas de clases, y especialmente si tales luchas han de alcanzar proporciones bélicas, como Marx nos dio a entender. Las clases sociales luchan, pero también colaboran, si tienen intereses contrarios, también los sienten comunes; y jamás----

Aquí falta una hoja del libro que corresponden a las páginas 50-51, Si alguien, tiene el libro y nos las desea pasar, contacten al KLC.

----las contradicciones económicas”, reconoció que la historia es antinomia de sus principio a su fin, y a menudo concierto de contrarios”; sus conflictos varían de continuo, siempre sujetos a evolución, y cuando unos se extinguen surgen otros, eternizando la antinomia, manteniendo la vida en movimiento, negando siempre en la realidad los conceptos absolutos -hasta el de ANARQUÍA plena y el de redención total-; cosa que puede acobardar a los **creyentes** de la ANARQUÍA, a los que esperan ir al cielo en este mundo, pero no a los anarquistas de razón y voluntad, malatestianos, que aunque no esperan llegar a meta alguna, se imponen, sin desaliento, la misión de avanzar por su camino. Proudhon, de origen proletario, no cree en el proletariado como clase redentora, y menos aún en la revolución violenta y proletaria. Más así que se publica el **Manifiesto de los Sesenta**, primer indicio de independencia de los obreros franceses, e indirectamente anuncio del sindicalismo que va a surgir, manifiesta en un libro la esperanza de que las clases trabajadoras se rediman por si mismas, a través de su trabajo y de su organización: por el camino económico, sindical y mutualista.

Por el contrario, Bakunin, que trabajo el “Manifiesto Comunista”, y emprendió la versión del “Capital”, halló muy adecuada a su carácter la doctrina marxista sobre la historia, que le ofrecía combate y se ajustaba a su mística catastrófica. No bastó, sin embargo, el “Manifiesto” para hacerle aceptar el mesianismo proletario. Mientras halló combatientes de otra índole, se unió a ellos, sin pensar gran cosa en el proletariado como clase de misión manumisora. Pero al quedarse sin aliados y aparecer la internacional, aceptó el mito del Mesías proletariado, no tanto por redentor cuanto por “bárbaro” y combativo, aunque él creyese lo contrario. En diciembre de 1.868, poco después de pedir la admisión de su Alianza en la primera internacional, escribió a Marx en estos términos: “Estoy haciendo lo que tú empezaste a hacer hace más de veinte años. Desde las públicas y solemnes despedidas que dirigí a los burgueses en el Congreso de Berna; no conozco más sociedad que el mundo de los trabajadores. Mi patria es ahora internacional, uno de cuyos más destacados fundadores eres tú. Ya ves, pues, querido amigo, que soy uno de tus discípulos, y que de serlo estoy orgulloso”

Esto tiene mucha miga. Miguel Bakunin se declara discípulo del proletario de café que dirigía la tertulia de Bruselas más de veinte años atrás; del autor del “Manifiesto Comunista”, no sólo apóstol de la revolución violenta y proletaria, sino también de la formula de dicha revolución: la dictadura del proletariado. ¿Aceptó Bakunin tal dictadura al declararse discípulo de Marx? No obstante el recuerdo de aquellos planes que con su primo Muraviev trazó en Siberia, contestaremos que, a primera vista, no, pues, sobre ser inmortales las páginas que escribió contra toda dictadura, sin exclusión de la “proletaria”, en la que vio -con don profético- la mayor amenaza de esclavitud ya sabemos que fue la oposición bakuninistas y proudhonianos a la fórmula de Marx lo que empezó a separar -y para siempre- a socialistas libertarios y socialistas autoritarios. Pero el caso es que, en un principio, los proudhonianos, como anarquistas auténticos, se oponían a la formula marxista por la violencia y la autoridad oficial que ello implicaba, mientras que Bakunin y sus seguidores rechazaban de ella exclusivamente la autoridad oficial, la formula gubernativa. Y yo no sé si Bakunin, cuya oposición a la fórmula de Marx fue la verdadera causa de que se le echase de la internacional, habría obrado como obró si el judío, el alemán, el presuntuoso e intrigante Carlos Marx, a quien trató noblemente, pero despreciaba a fondo, se hubiera convertido de repente en el Muraviev de Siberia, de quien aceptó la idea de una férrea dictadura peneslava... Me atrevo a hacer tal sugerencia porque, de una parte, bakuninistas y proudhonianas, tras la expulsión de Bakunin y Guillaume, acrecentaron su anarquismo dentro de la Internacional, y de otra parte, porque tengo la impresión de que Bakunin, cegado por sus carácter, temeroso -quizás- de que le eclipsara la demagogia de Marx y dispuesto a ser el más “revolucionario” de los “revolucionarios” todos, al aceptar la revolución violenta y proletaria aceptó inconcientemente la dictadura del proletariado.

VERDADERA DICTADURA PROLETARIA

Bien sé que eso ha de sonar entre nosotros como blasfemia, pero intentare probarlo. ¿Le han preguntado alguna vez qué entendió Marx por “dictadura proletaria”, o que dio ha entender a sus seguidores? ¿Trazó su Constitución, describió su régimen, esbozó su gobierno su Consejo Nacional o su Comité Supremo? ¡Nada de eso! Dan y doy por seguro que la entrevió como un régimen político sumamente autoritario, como un Estado de Hierro, con el que un grupito de dirigentes manejaría al proletariado para hacer con él los cambios y subversiones sociales de su proyectada revolución. Pero a eso, que sería -y ha sido- imponerle la férrea dictadura de unos políticos a todo el proletariado y a toda la sociedad, no hizo referencia alguna cuando habló de dictadura proletaria; y si alguna definición llegó a dar de esta postrera, fue a grandes rasgos la siguiente: dictadura de la democracia obrera contra la clase burguesa y sus aliados. Sabía que el proletariado, como sociedad aparte, podría ser gobernado autocráticamente, oligárquicamente, democráticamente y le ofreció la democracia para atraérselo, para no asustarle con las posibles consecuencias de recurrir a la violencia. Pero con la oligarquía, autocrática o democracia en el gobierno del proletariado mismo, y aun también con ANARQUÍA, era posible, según Marx, ejercer la dictadura del proletariado sobre la clase contraria a él. Para Marx, todo el régimen burgués es la dictadura de la burguesía sobre los trabajadores, y todo régimen proletario, la misma fuerza de los obreros sin quedar sujeta a régimen **político**, desde el momento en que predomina es la dictadura del proletariado sobre los burgueses. En principio al menos, la **dictadura** de su fórmula es la mera imposición de la voluntad del proletariado a la sociedad por la fuerza de las armas o por bandos y decretos con el aval y el amago de tal fuerza. Se trata, sencillamente, del proletariado en armas, dominante donde vence; y eso es también, lo que acepta Bakunin al aceptar la revolución violenta y proletaria, por repugnante que pueda resultarle denominarlo **dictadura**.

La diferencia entre Marx y él surge -y tan sólo al parecer, si yo no yerro- al afrontar las consecuencias de apelar ambos al mismo método. La revolución por la violencia no es cuestión de convencer al enemigo ni a nadie, sino de vencer y de fijar en la plaza el “orden y mando” del capitán, ataman, cabecilla, caudillo, **duce**, **führer**, etc. Propugnando esa revolución, Bakunin propugna la dictadura; pero Marx dice querer la dictadura de la democracia obrera, Bakunin quiere la dictadura de la ANARQUÍA proletaria, porque, en su opinión, los obreros que la ejerzan contra la clase contraria han de ser absolutamente libres, no sujetos a una turba de políticos, y, advirtiendo lo que rechaza a la vez que lo que admite, nos encontramos con que Bakunin propugnan, de hecho, la verdadera dictadura del proletariado, condenando únicamente la fementida, la falsa, la ejercida en nombre del proletariado, pero sobre él y no por él. Más ¿desde cuándo admitimos a sabiendas una u otra dictadura? En teoría, compañeros, nunca hemos admitido, pero en la práctica siempre hemos tendido -los más, siquiera- a proceder como quería Bakunin, en cuya táctica todavía hay más peligros, como verán al instante.

La función crea el órgano -se dice-, y, lo mismo un Spencer que un Spengler, sociólogos y filósofos reconocen que el Estado sumamente autoritario va a la guerra sin remedio, y que la férrea disciplina que se requiere en la guerra origina Estados autoritarios. La cuestión es orgánica y funcional, no de mantos oficiales. Si Bakunin acepta la revolución por la violencia, también la guerra civil; y si luego se niega a organizar, jerarquizar, disciplinar y dirigir al proletariado en lucha, no es más que iluso, mientras que Marx al aceptarlo, acepta las exigencias de su propia decisión. Porque al pasar de teorías a prácticas, nos hallamos con la imperiosa necesidad -que el mismo Bakunin reconocía al tratar de la estructura de una sociedad secreta- de organizar, jerarquizar, disciplinar y dirigir las fuerzas lanzadas a la pelea. Podrá haber generales sin ejército, pero no ejército eficiente son mando de generales. La cuestión -insisto- no es de voluntad ni de opinión personal, sino una ley funcional. Los anarquistas se

lanzan a la guerra, y al instante se organizan en columnas, batallones, lo que fuere; cada unidad militar -en el mejor de los casos- elige su comandante, al que realmente le da poder de mando; y, al juntarse unidades y unidades, surgen jefes y más jefes, aparece un caudillo o generalísimo y se forma un Comité de Milicias, que es el Estado Mayor... Multiplicar ese problema funcional por cuantos plantea la revolución cuando dura meses o años, y díganme luego si el proletariado puede imponer su voluntad sin adoptar la organización que la lucha exige... No; y, por lo tanto, dentro y fuera de las filas proletarias, la táctica que Bakunin dio al movimiento anarquista fue marxista en realidad, y por completo también, pese a no serlo en apariencia cuando se ve con las antiparras de la ilusión y el prejuicio.

CAUSA Y PRUEBA DEL DESLIZ

Si quieren ver la cauda de que tanto anarquistas, al correr de los años, teórica o prácticamente hayan tenido tal desliz, puedo enseñarles mi propio modo de cometerlo. Durante la última Guerra Mundial, cuando escribía el primer tomo de "La revolución y el Estado", en el que hice el análisis y la crítica de la táctica marxista, me encaré con estas palabras de Engels en su polémica con nosotros -los anarquistas de ayer o de hoy-; "¿Han visto estos caballeros una revolución alguna vez?" la revolución es la cosa más autoritaria posible. Es un acto en el que una parte de la población **impone** su voluntad a la otra por medio de rifles, bayonetas, cañones; esto es: por medios altamente autoritarios; y el partido victorioso se e forzado, inevitablemente, a mantener su supremacía por medio de aquel temor que las armas inspiran a los reaccionarios". ¿Qué les parece el argumento? ¿Darán por cierto que "la revolución es la cosa más autoritaria posible"? ¡Claro que no! Los más dirán que es lo contrario. Y si no preguntan por qué quizá añadan, como hice yo tras señalar que se trataba del empleo de "una organización de fuerza para vencer a los enemigos de la revolución"; "Pero la fuerza, y asimismo su organización, no es autoritaria en si misma, sino solo en virtud del fin cuyo logro se aplica, sólo en razón de para qué se usa. Si es para librar al proletariado -que es la mayoría social- de la opresión de la minoría burguesa, la fuerza usada por él es libertaria, no autoritaria, por muy tremenda que sea, y más en mayor grado".

¿Satisfechos? Pues yo no, que eso será muy ortodoxo, pero no es anarquista. ¿Qué es la autoridad, sino fuerza hecha derecho? ¿Qué es la fuerza hecha derecho y aun el derecho hecho fuerza, más que autoridad? Yo, inconcientemente, y hasta sintiéndome muy agudo al ser más romo que una esfera, di en el necio sofisma de decir que la autoridad del proletariado no es autoridad, sino libertad, y tanto más cuando más tremenda sea. Y caí en tan gran error por suponer, como Bakunin, como antes los "Enragés", como luego casi todo el anarquismo, que la fuerza y el empleo de la misma son cosas neutras de por sí, cuyo sentido autoritario o libertario sólo depende del uso que de ellas se haga. De creer neutra la fuerza, neutro el terror, a aceptar la dictadura como instrumento de lucha, no hay más que un paso; menos aún; un mero cambio de nombres. Porque la dictadura no está en el manto oficial que se le ponga al proletariado, sino tan sólo en la violencia con que imponga sus dictados. El error en que caí, tan duradero y tan extendido por las filas anarquistas, fue marxistas, pese a creerlo yo mismo antimarxista; y al descubrir aquél y otros en mi libro me di cuenta de que parte de la crítica hecha allí, que todavía considero valedero, al condenar los detalles de la táctica marxista, condena también algunos de la ANARQUÍA tradicional.

¿Quieren ahora una prueba del desliz implícito en esa táctica? Estudien atentamente el movimiento majnovista, bien en la obra de Archinof, bien en la de Volin, y descubrirán bajo las

frases e intenciones libertarias realidades sociales muy distintas. Pero nosotros, los españoles, tan sólo necesitamos reavivar nuestros recuerdos... sin dejar que nos engañen, pues la Guerra Civil nos encontramos ante el dilema de renunciar a la violencia o imponer mediante ella el comunismo libertario, que no puede ser impuesto. Como lo guerra no impedía renunciar por completo a la violencia, y aun a la fuerza, que no era exclusivamente un instrumento defensivo, renunciamos a la ANARQUÍA... y hasta casi al anarquismo. ¿Qué hicieron entonces los compañeros de otros países? Muchos, con cierta razón nos tildaron de marxistas. Pero el caso es que ellos, si también eran bakuninistas en táctica, merecían igual calificativo, porque todos manteníamos en teoría, unos postulados supuestamente anarquistas, que, llevados a la práctica, plantaban un problema sin solución anarquista: si hemos de hacer la revolución por la violencia, al hacerla la imponemos, y al imponerla dejamos de ser realmente anarquistas, si por ser anarquistas consecuentes nos negamos a imponerla, tenemos que renunciar a la violencia como arma revolucionaria, y esto es renunciar incluso a la idea tradicional de revolución, que es la de cosa determinada por nuestra propia y exclusiva voluntad y hacedera a corto plazo más que le pese a quien sea. ¿Quiere esto decir que, como anarquistas, tenemos que renunciar a la insurrección contra el despotismo? Con Proudhon y Godwin respondo: ¡No!; sólo tenemos que renunciar a insurrecciones dispensables, eludibles, innecesarias y a esperar de cualquier insurrección el comunismo libertario. ¿Quiere decir esto que, como anarquistas, tenemos que renunciar a toda mística catastrófica y a la supuesta revolución tradicional, violenta, para recomendar el triunfo de nuestra causa a la evolución en que podemos influir con pensamientos, palabras y obra? ¡Sí!; y esto lo digo respaldado por Bakunin.

RECTIFICACIÓN DE ERRORES

La idea de la revolución por la violencia sólo puede ser aceptable, para aquel que vea en ella un corto episodio, de semanas, meses o -a lo sumo- pocos años; y eso debió suponer Bakunin, inconscientemente al menos, como nosotros lo hemos supuesto hasta ahora, ya que se pasó la vida organizando revoluciones. Pero en 1867 declaró ante la Liga de la Paz y la Libertad: “Nosotros nos proponemos tal o cual sistema de socialismo. Lo que demandamos es una nueva proclamación del gran principio de la Revolución Francesa: que toda persona ha de tener los recursos materiales y morales necesarios para desenvolver plenamente su humanidad; principio que, a nuestro entender, ha de traducirse en la solución del siguiente problema: organizar la sociedad de tal modo, que todo individuo -hombre o mujer- encuentre en el mayor grado posible iguales medios para el desarrollo de sus facultades y para la utilización de su labor; organizar una sociedad que, haciendo imposible para todo individuo -sea quien fuera- la explotación de otro cualquiera, le permita a cada uno participar en el disfrute de la riqueza social -que, en realidad, jamás es producida por otra cosa que el trabajo- solamente a condición de que contribuya directamente a crearla con su labor. **La completa solución de este problema será, indudablemente, obra de siglos.** Pero la historia nos la ha planteado, y de aquí en adelante no podríamos desatenderlo sin reducirnos a la impotencia absoluta”.

Obra de siglos. ¿Cabe hacerla en siglos de lucha armada? Claro es que no. Bakunin volvió la vista a la evolución. Y si echamos la nuestra por Europa -o, si quieren, por el mundo entero- advertimos que los países que más han avanzado en la solución del problema que Bakunin exponía han sido los menos “revolucionarios”, los más libres de guerras intestinas y exteriores, los menos violentos por ser los más evolutivos. El penúltimo arzobispo de Cantórbery, William Temple, siendo primado de la iglesia Anglicana, que, como saben, es parte del Estado Británico, en los últimos años de su vida lanzó y defendió un programa de justicia social tan

avanzado como el transcrito; y acabo de ver que Churchill, como líder de los **Tories**, proclama la aceptación del **comunismo básico** de Mumford como principio de política social, al declarar indispensable establecer un nivel mínimo de vida -no determinado por la libertad de empresa, sino por la sociedad, y de manera responsable- para todos los británicos. Temple hizo lo posible por crear el estado de conciencia que obliga a Churchill y a su Partida a dar tal paso evolutivo, que será superado cuando la ética pública lo exija. Contrasten esto con los países en que se ha impuesto la "dictadura del proletariado", que no desmienten la profecía en que Marx aseguró que el socialismo empezaría a surgir en las naciones de más avanzada industria, porque allá no hay socialismo, sino sólo dictadura; dictadura aceptada de buena fe por casi todo el proletariado, no en virtud de mejor ética social, sino de más incultura que los pueblos y clases que la rechazan. Pero nótese bien que al señalar este contraste no propugno la adhesión a un Estado reformista, pues no olvido que los avances sociales se consiguen, no por causa del Estado, sino a pesar del Estado.

Vengamos a más explícitas confesiones de Bakunin. En sus últimos años, decepcionado, se lamenta a menudo de que burgueses liberales, proletarios campesinos, haya dejado de ser revolucionarios. La verdad es que Bakunin ha perdido la ilusión de lo que era todo el mundo. Se resiste a admitir su desengaño, sabiendo que eso sería confesar que se engañó, pero al fin lo reconoce y lo declara. "Toda nuestra filosofía -dice a sus amigos en 1876- parte de una base falsa; siempre se inicia considerando al hombre como individuo, y no, cual debería ser, considerándolo un ser perteneciente a una colectividad. De ahí la mayoría de los errores filosóficos que conducen o a la ilusión de lograr una ventura celestial o a un pesimismo como el de Hartmann y Schopenhauer". En otras palabras: el error de creernos independientes de la sociedad en que nos hallamos, nos inclina a suponer que podemos avanzar sin freno alguno hasta la meta de nuestras ansias; y como, si lo intentamos, al instante sentimos el frenazo de toda la sociedad, acabamos por creer imposible todo avance. Ya se nos va el santo al cielo, ya se nos cae a los infiernos; ya se sueña con llegar en brevísimo tiempo a la ANARQUÍA en el exprés de la revolución, que descarrilla o se atasca, ya, sin fe o desesperados, decidimos turbarnos a la bartola o nos hacemos terroristas, arrojando una bomba aquí o allá para que se oiga nuestra propuesta.

CORRUPCIÓN DEL ANARQUISMO

Pertenecemos a la sociedad, y ésta ha de avanzar hacia horizontes de libertad, ha de ser libremente, con los recursos de que disponga, acuciada siempre por ideas de vanguardia. De ahí que Bakunin, poco antes de morir, tras negarse a hacer un libro de memorias -que él creía inútil por que "todos los pueblos han perdido el instinto de revolución-, añadiera: "No; si recobrará un poco de fuerza, preferiría escribir una Ética, basada en los principios del colectivismo, sin frases filosóficas ni religiosas". Una ética sin dialéctica hegeliana ni mesianismos de ningún género. Una Ética fue lo que Bakunin" quiso legarnos al morir, y una Ética fue lo que, al cabo de su vida, nos lego Pedro Kropotkin. Una ética nueva, que es una revelación, un descubrimiento, un plan, una esperanza, un camino abierto a la evolución de la sociedad, que irá por él cuando tenga a quién seguir... Pues si se fijan en que la ética de Kropotkin es una extracción de la ética social más duradera, que es la del apoyo mutuo para el desarrollo de la libertad de cada individuo, quizá les diga que la sociedad es de por sí más anarquista, pese a su régimen político y a su sistema económico, que el anarquista empeñado en sujetarla a régimen y a sistema.

Se dice que Bakunin sobrevivió a su anarquismo; que al morir no era anarquista. ¿Por qué no? ¿Por qué admitió sus errores, porque le dijo a Guillaume que se dejará de conspirar, porque se apartó de la violencia para estudiarla en su retiro, como un mal, porque aspiró finalmente a dejar tras sí la revelación de una moral avanzada? ¡Nunca fue tan anarquista como entonces! Y sus palabras de entonces, dignísimo complemento de las más luminosas de su genio, broche final de las enseñanzas que recibió de Proudhon, le salvaron para siempre, con su nobleza, su corazón generoso, su bravura y su inquietud, para la ANARQUÍA y el anarquismo. Más por desgracia, los anarquistas que le siguieron adaptaron sus errores sin advertir los abjuró. Y cierto es que en el ulterior esclarecimiento del ideal, en la posterior elucidación de principios y fines anarquistas, tres o cuatro hombres hicieron una magnífica labor, que no ha sido superada todavía por filósofos, sociólogos y economistas ajenos a nuestro campo, no es menos cierto que nuestra táctica, por errónea ido de mal en pero, dando lugar a corrupciones ideológicas y morales, así en las asociaciones del movimiento anarquista como en muchos miembros de ellas.

Triste es verlo en los últimos capítulos del primer tomo de la “Histoire de l’Anarchie”, por cuyas páginas desfilan literatuelas exasperados y mórbidos, cuya doctrina “anarquistas” parece hermana del satanismo de Allan Poe y de Baudelaire, y cuyos afanes quedarían expresados por completo en la “La desesperación” y en “La canción del cosaco”, de Espronceda, ya tienden hacia un tétrico desbarajuste social, y para lograrlo imploran una nueva invasión bárbara, cosaca, tras condenar al proletariado de estos países occidentales por no ser bastante “bárbaro”. Todo eso es aberración y decadencia, y por serlo se expresó como ha hecho en nuestros días el poeta Cavafi al arrastrar por los arroyos de Alejandría sus miserias de vago, de mendigo, de sinvergüenza y de maricón... Las contradicciones ideológicas, aun cuando no se extremen al pasar de la teoría a la práctica, desintegraron el alma en que contienden. Y esa desintegración, oriundo del contraste entre buenos fines y malos medios, del empeño de hacer cosas imposibles, de cultivar a la vez la demagogia y la utopía, dio lugar a aberraciones de doctrina y de conducta, que destruyeron en pocos años florecientes movimientos anarquistas, desprestigiaron al anarquismo, acrecentaron la violencia que había en la sociedad y contribuyeron a robustecer los poderes represivos del Estado.

¿Qué mejor propaganda que el ejemplo? -se dijeron un día los anarquistas-. Y tenían razón; pero más tuvo Jesús al decir aquello del árbol y de su fruto, de los hombres y sus obras. La mejor propaganda es el **buen** ejemplo. ¿Qué ejemplos dieron los anarquistas? La “propagando por los hechos” llevó a Cafiero y a Malatesta al alzamiento de Benevento, del que -claro esto- no esperaron la ANARQUÍA sino tan sólo relatos periodísticos que dieran a conocer la existencia de unos cuantos anarquistas en Italia. Los compañeros de Jura hicieron algo parecido, y aquella Federación, que había sido el orgullo del anarquismo mundial, quedo deshecha en unos meses, para dolor de Guillaume, que tardíamente recomendó otros ejemplos, menos costosos, más anarquistas y edificantes. De hechos de aquella naturaleza, tan heroicos como les plazca, más también descabellados, que costaron enormes sacrificios y resultaron contrarios a nuestro propio interés, no se tardó en pasar a otros, que no quiero mencionar, cuya admisión -con elogio en muchos casos- dio lugar a que cayeses el anarquismo a los bajos fondos de las ciudades, donde no se perdió porque -con frase de Oscar Wilde- hasta desde el fago se divisa la estrella del ideal, y porque los Sindicatos lo levantaron a pulso con la moral sana y sencilla del trabajo, primer maestro de dignidad y de hombría.

EL CALLEJÓN SIN SALIDA

El problema que aquí planteo -relación entre ANARQUÍA y violencia- siempre ha sido debatido, y especialmente por los viejos compañeros italianos. Recientemente reproducía "Le Libertaire" un artículo de la Malatesta, tras definir la ANARQUÍA como la negación de la violencia, propugnaba el uso de ésta contra el despotismo. ¿Vamos a tolerar la tiranía -venía a preguntar- por no recurrir a la violencia? Los anarquistas a la Ghandí, que se salen de la vida por no salirse del ideal, contestarían que sí. Yo, por el contrario, siguiendo a Godwin y a Proudhon, contesto que no; que es preferible la insurrección a la esclavitud, y además, por mucho que condenemos la "violencia", los pueblos, si pueden, la emplearán para sacudirse el yugo. Pero noté que Malatesta, como casi todos los anarquistas, pasa con la "violencia" de la insurrección contra el despotismo al empeño de hacer la revolución, de establecer la ANARQUÍA. Y esto es harina de otro costal. Los antiguos vascos, tan aguerridos en la defensa de su país, se tenía prohibido perseguir al invasor más allá de la frontera. Eran implacables en la lucha por su independencia, pero se negaban a convertir su defensa en ataque al enemigo, y a repetir la invasión con la invasión. Ni más ni menos tenemos que hacer nosotros, sin confundir una insurrección con una revolución cuyo objetivo sea implantar la ANARQUÍA.

Malatesta volvió a menudo sobre ese tema. Al prologar "Dictadura y Revolución", el excelente libro de Fabbri, tras admitir en vagos términos que "es menester defenderse" una vez lanzados a la revolución, dijo así; "Vanas son las medidas de policía, que bien pueden servir para oprimir, pero jamás servirán para liberar. Vano y, peor que vano homicida -es el terror revolucionario...Verdad es, según nosotros, que el terror es un peligro, y no ya una garantía de éxito, para la revolución. El terror en general cae sobre los menos responsables; otorga valor a los peores elementos, a aquellos mismos que habrían sido esbirros y verdugos bajo el viejo régimen; y se sienten felices de poder desahogar, en nombres de la revolución, sus perversos instintos y de poder satisfacer sus sórdidos intereses. Y esto si se trata del terror popular, ejercido directamente por las masas contra sus opresores directos. Que si luego el terror ha de ser organizado por un centro, ejercido por orden del Gobierno y por medio de la Policía, y de los llamados tribunales revolucionarios, será el medio más seguro para matar la revolución..." Completamente de acuerdo. Pero ¿qué revolución, en el sentido corriente del vocablo -que implicará una guerra civil-, puede hacerse sin apelar, por lo menos, "al terror popular, ejercido por las masas contra sus opresores directos"? ¿Y cómo evitar, en un conflicto de envergadura, que de ese terror, que Malatesta califica de "homicida" y de "vano", se pase al centralizado? ¡Dígamelo quien se haya visto en revoluciones!

Más lo curioso del caso es que, en el libro patrocinado por él, Fabbri comete el error que tantos hemos cometido, de los "Enragés" a nosotros mismo: "La violencia es un medio que asume el carácter de la finalidad para la cual es adoptado, de la forma en que se emplea y de las personas que de él se sirven." Siguiendo por tal camino, no tarda en legar a hablar de "terrorismo autoritario" y "terrorismo libertario", condenando aquél y aplaudiendo éste, para pasar a decir que al enemigo no hay que reconocerle libertad alguna, ni aun la de vivir, a menos que sea "un enemigo... teórico". No hay enemigos teóricos, y habrá anarquistas que tendrán por enemigos indignos de vivir a quienes no acepten lo que ellos digan que es la ANARQUÍA, aunque no apelen a las armas. Fabbri, a mi ver, se equivocó de medio a medio en este asunto, que, según vemos al comienzo de su libro fue debatido bastante a fondo por el Congreso de la Unión Anárquica Italiana de 1920, el cual aprobó unánimemente una "declaración de principios", propuesta por Malatesta, en la que la revolución queda reducida a una **secesión**, al aislamiento de los anarquistas en cualquier comarca, cuyos habitantes acepten el anarquismo, para defenderse allí contra quien vaya a imponerles un Gobierno. Tal **secesión**, única cosa compatible con nuestras propias ideas para hacerlas "triunfar" se apela a la fuerza armada, no

es más que el callejón sin salida de que hablé al principio del trabajo. Es hipotético el lograrla, pero imposible mantenerla. Ya ha pasado la edad de los castillos. Y también la de las revoluciones contradictorias en teoría y completamente nulas en la práctica, pero costosas en ambas. Si hay que apelar a las armas para implantar la ANARQUÍA, lo que se logra no es ANARQUÍA, porque se impone. Si es posible la ANARQUÍA sin imponérsela a nadie, sobre las armas para lograrla, si bien no para tumbar despotismos.

COSAS DISTINTAS Y CONFUNDIDAS

Terminemos, compañeros. Por dos cosas les dirijo este trabajo: una es la necesidad de vivir de acuerdo conmigo mismo, sin ocultar mi criterio, y otra, el deber de servir al movimiento anarquista señalando y combatiendo los errores que creo advertir en él. La cuestión que he planteado, tan decisiva para nosotros, me preocupa desde 1935, y mis opiniones acerca de ella se han ido modificando, en virtud de estudios, experiencias y largas reflexiones, produciéndome el proceso de sus cambios una crisis honda y triste, trabajosa y amarga, cuyas fases se han ido reflejando en varios escritos míos. Cuando mis dudas me prohibieron publicar algunos libros, que temí errados por ajustarse a criterios ortodoxos, estudié la formación de las clases, saliendo de tal estudio mi “Origen, esencia y fin de la sociedad de clases”, cuyo capítulo final titulado “Quedan cabos por atar...”, me costó meses de reflexiones, pues vi forzado a decir en él que si, según mis estudios, la sociedad de clases es creación del Estado mediante guerras civiles, y ésta, a su vez, de la violencia intratribal o intratribal, el empleo de la misma para acabar con el Estado mediante guerras civiles, y al mismo tiempo con su sociedad de clases, implica el grave riesgo de rehacer uno y otro: riesgo que entonces creí posible -si bien no fácil- eliminar, pero hoy creo insuperable. Al mismo tema volví en una serie de artículos sobre cultura y revolución que decidí no continuar en “Solidaridad Obrera” de París, por no seguir irritando a la mayoría de los lectores, demasiado satisfechos -a mi manera de ver- con la vieja idea de revolución violenta y proletaria. Y finalmente, desde otro ángulo, enfoqué el mismo problema en “La defensa de Occidente”, trabajo en el que afronté las más tristes realidades de esta época de gigantes Estados, federaciones estatales en embrión, bombas atómicas y violencia -oficial y popular-propia de locos. Que yo sepa, nadie ha hecho caso de cuanto dije en tales escritos, pero a mí ha seguido preocupándome su asunto; hasta que, al fin, resolviendo mis dudas y mi crisis, salgo de está pensando como sigue:

Violentar a una persona es obligarla proceder contra su propia voluntad. La violencia es una acción o un poder coercitivo, con el que se vence la resistencia del hombre a someter su libertad. Y la ANARQUÍA, por el contrario, ha de ser libre convivencia. En virtud de eso, violencia y ANARQUÍA se repelen; más: se niegan entre sí, se destruyen mutuamente. Puestos ante ambas, nosotros, los anarquistas, afrontamos un problema parejo al de los cristianos: ¿es posible propagar a sangre y fuego la doctrina del amor entre los hombres? Con los apóstoles de Indias -un Las Casas, un Tomás de San Martín- y con todo enemigo de las viciadas iglesias propagadoras del cristianismo... imperial, digo que no. Cristianizar por la fuerza, venciendo en vez reconvencer, no es cristianizar, sino... cosa parecida a la intención de “implantar la ANARQUÍA a tiro limpio, que es la que abrigamos al proponernos “hacer la revolución” con tantas armas como podamos. Ahora bien; se nos plantea a menudo, no ya el problema “hacer la revolución”, sino de librarnos de tiranías que nos despojan de toda suerte de libertades. Son cosas distintas, que casi siempre se han confundido, y el absolutismo teórico de enemigos y amigos de la fuerza las han tratado como si fueran iguales a la misma. Si unos se niegan a

emplear la “violencia” en ambos casos, otros quieren emplearla en uno y otro. Y todos yerran, a mi ver.

Seamos lógicos al par que realistas, y llamemos a las cosas por su nombre. El empleo político de la fuerza siempre es malo, y, por contrario a la ANARQUÍA, de él no puede salir ésta; pero hay cosas peores que el empleo de la fuerza del pueblo, y uno es la esclavitud popular. Mala es la guerra, pero peor suele ser someterse a un invasor; y, en circunstancias determinadas, un anarquista, sin dejar de serlo, ni de amar la paz; puede hacer la guerra contra la invasión... sin esperar de tal lucha la ANARQUÍA. Antes que anarquistas somos hombres, miembros de una sociedad, el porvenir libertario que anhelamos para todo es precedido por el presente en el que a veces se hace insufrible la autoridad. Luchemos hoy como hombres de nuestro tiempo contra la ajena opresión, pero no nos lancemos a lucha alguna para imponer la convivencia anarquista, que no se logra venciendo a sus enemigos, sino trocándolos en amigos por persuasión: no matándolos, ni aún obligándoles a vivir sin los pastores que pida su rebaño, sino incitándoles a vivir libremente con nosotros. Y sepamos que, aunque luchas es la vida en muchos campos, en ninguno es sementera conveniente la de acero, fuego y sangre. La inclinación a pelear no es más que un instinto bárbaro, salvaje, que, avergonzado de si mismo, se disfraza de heroísmo, valentía, dignidad. Ha costado miles de años sacar al hombre de aquella brutalidad en que, en vez de hablar, pegaba, y recurría a la fuerza por carecer de razón; hoy es preciso pegar cuando esta vedado hablar, y hay que apelar a la fuerza si no hay modo de apelar a la razón. Mientras haya tolerancia y se permita desvanecer injusticias por decisión de la sociedad, revelaciones, ideas, que no luchas, harán falta para avanzar hacia la ANARQUÍA.

EL PROLETARIADO Y LA SOCIEDAD

Quienes se oponen a todo empleo de la fuerza, aunque propugnen la resistencia pacífica a la opresión se ponen fuera de la historia. No hay resistencia posible frente a hienas estatales capaces del genocidio, que hacen del crimen una política de derecho. Quienes aceptan la violencia para implantar la ANARQUÍA, se ponen -en eso- fuera de la moral y la lógica, porque propugnan un claro contrasentido; de la moral, porque declaran amoral la violencia a que recurren, y hasta creen hacerla buena al emplearla. Viejo vicio es eso de elogiar la tranca cuando es uno quien la blande... Si los antiviolentos hasta dejarlo de sobra no admiten ni el alzamiento contra ajena tiranía, los violentos de conveniencia tienen siempre a prohibir la rebelión contra lo que ellos imponen. Pero a las dos rebeliones hay derecho; y derecho imprescindible. Nunca habrá ANARQUÍA allí donde falte la libertad de dejarla, de no admitirla, de tener gobierno. Y habrá ANARQUÍA donde quepa negarse a ser anarquista, más nadie quiere negarse a serlo y todos vivan como tales. Es decir: donde se acepte de grado, por general conveniencia, como hoy se acepta la cortesía de no eructar, la decencia de vestirnos, el respeto a la vida del vecino por virtud de hábito, de moral, de evolución civilizadora. Mal anarquista y mal cristiano -a mi entender- el que prefiere la conquista a la misión, la victoria al evangelio que la excluye, la cruz de la espada a la del ejemplo, la “revolución” a la revelación y las tinieblas a la luz. Prefiriendo la fuerza a la razón, vencer pronto a convencer cuando se pueda, se ha ido a buscar un ejército, como los malos cristianos buscaron los imperiales en tiempos de Constantino, completamente olvidados de que Jesús desdeño y condenó toda soberbia o soberanía, y también de que San Pablo predico la oposición a “principados y poderes. Y por eso, porque la fuerza se prefirió a la razón, en mayor grado que por afán de justicia y amor a los desvalidos, se ha pasado de la idea de la revolución a la de la revolución

proletaria, que es la mayor monstruosidad si el fin de tal revolución ha de ser la ANARQUÍA... sin regreso, sin “avances” de cangrejo.

Vamos a ver ¿Qué proletariado es el de ese cuento? En el no estás incluidos cuantos capitalistas, cuantos venden su trabajo a quien se lucra con el, sino tan sólo -y desde los días de la primera Internacional- los obreros manuales. En 1848 se esperaba que éstos, siquiera fuere por hambre, luchasen como demonios. Pero -y lo digo teniendo en cuanto que ha sido obrero manual cuando no he podido vivir de otra manera dignamente- los obreros manuales, en general, no son mejores ni peores que el resto de la sociedad. Esencialmente, en si mismos, sin igual que los burgueses, pese a hallarse en situaciones económico-moral diferente de la de ellos. Si hay que juzgar al proletariado por lo accidental en él, júzguesele accidentalmente, si ha de ser el juicio esencialmente duradero, téngase en cuenta la esencia humana de dicha clase. Que el proletariado vive más honradamente que las clases que lo explotan, muy cierto es; pero ni aún así puedo creerlo esencialmente más honrado. Y otra cosa: tantas lisonjas interesadas han recibido, que los obreros manuales suponen que todo viene de su trabajo; los demás, son - ¡o somos!- parásitos solamente. Pero no estamos en la Edad Media no deseamos volver a ella, y la producción moderna -para sólo mentar lo indispensable- pide algo más que mano de obra. Y esto es lo que hace decir un día a quien se ha pasado años predicando la más estricta revolución proletaria: ¡No maten a los técnicos, que nos hacen falta! Es-----

Aquí falta una hoja del libro que corresponden a las páginas 74-75. Si alguien tiene este libro y desea pasarnos las páginas faltantes, contacten al KCL.

-----autor de “Animal Farm”, deliciosa sátira de... Dicen que de Rusia, del régimen bolchevique, pero lo realmente satirizado en esa novela es la revolución proletaria, si bien sobre el patrón ruso. Cuando recuerdo que, en España, al año de iniciarse la Guerra Civil, tenía la FAI un ministro de justicia, de quien dependían cárceles y campos de concentración, y que la máxima oposición del anarquismo a formas de Gobiernos se redujo a establecerlas con el nombre de Consejos, me inclino a creer que, en vez de ser los bolcheviques quienes desviaron la revolución violenta y proletaria, fueron ellos los desviados por ella. ¿Qué habrían hecho los majnovistas de triunfar? ¿Cómo mantener su triunfo? Las victorias logradas por la fuerza sólo por la fuerza se consolidan.

Además, el aceptar -expresa o tácticamente, y en la práctica sino en la teoría- la idea de esa revolución, es cortarle las alas al anarquismo, es enjaularle en la incultura que, por desgracia, padece el proletariado. Por fidelidad a tal concepto de táctica, los anarquistas nos partamos de todo campo no proletario, trocamos el anarquismo en expresión de la clase trabajadora; y esto, que por fortuna suele darle honradez, ofrece el inconveniente de trocar una doctrina de avanzada en papila ideológica, en unas gotchas de tópicos, ilusiones, resentimientos y mística mesiánica, que de ninguna manera podría satisfacer a gentes más cultivada. El anarquismo no fue al principio una doctrina “proletaria”, y tolerar que llegue a serlo es deshacerlo como doctrina. No es la fuerza del número lo que necesitamos, sino intenso cultivo individual, preparación incesante, estudio que nos eleve a las alturas de las alcanzadas por un Kropotkin, por un Reclús, por el tenaz proletaria autodidacta P. J. Proudhon. La **idea fija** de la revolución que yo anhelo destruir, nos esta haciendo perder años en espera del día de pelea. Hay quien dice que, en destruir aquella idea, se matará la de de los compañeros. El mismo argumento empleó la iglesia; sufran ahora, que después irán al cielo... Prometer y no dar; hablar cien años de una revolución que jamás se ha hecho de modo satisfactorio, y cada día más difícil e improbable. No hay que esperar la revolución, sino acelerar la marcha por el camino de evolución que nos indica nuestras ideas, valederas hoy por evolutivas, por ser claro darwinismo sociológico.

Se está acabando la época iniciado en 1848, a en 1793, y la táctica de entonces está muerta. Quedó anunciada su muerte en el sentido de las obras de Kropotkin, cuyo anarquismo **científico** fue evolutivo a carta cabal. La dan por muerta Herbert Read y Alex Comofort, los más notables anarquistas de Inglaterra. La dan por muerta los compañeros que editan "Resistance", cuya crítica de la revolución proletaria se ha publicado también en "Etudes Anarchistes". En esta misma revista Ernestan ha condenado el mesianismo proletario. En la Argentina lo condenan los hechos de cada día. En Suecia, por otras causas, no queda quien crea en la revolución. El anarquismo creador de Felipe Alaiz, tal como aparece en "Hacia un Federación de Autonomías Ibéricas", no tienen nada que ver con los viejos mitos ni las soñadas tracamundanas. Y el contraste entre nuestra fuerza y la que habría que vencer en cualquier parte convierte muchas ilusiones con anhelos sin sentido realmente propios de *megalómanos*. Así, pues, ya concreto como sigue mi criterio: renuncio a la violencia como instrumento de lucha para lograr la ANARQUÍA, pero admisión -sin culto- de la fuerza armada contra el despotismo, y nada de **revolución proletaria, sino evolución social** para redimir a la sociedad en pleno, para lograr más justicia y extender la libertad para extinguir el Estado y crear pronto -al margen y contra de él- comunidades de bienes, de productores y de hombres libres. Pueden juzgarlo y juzgarme; pero, en gracia a mi limpieza de intención, perdónenme los disgustos, sin querer, les haya podido dar.